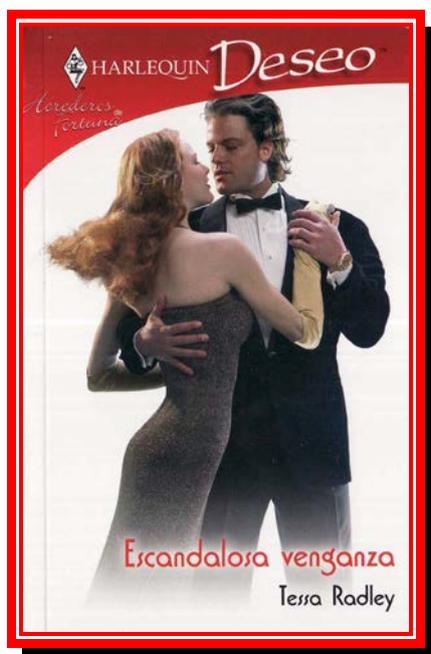


# Escandalosa venganza

Tessa Radley

2º Serie Herederos de fortuna



## **Escandalosa venganza (2008)**

**Título Original:** The Apollonides mistress scandal (2007)

**Serie:** 2º Herederos de fortuna

**Editorial:** Harlequín Ibérica

**Sello / Colección:** Deseo 1581

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Angelo Apollonides y Gemma Allen

### Argumento:

*¿Cómo se atrevía a aparecer de nuevo en su vida la mujer a la que había echado de su cama?*

*Gemma Allen había perdido la memoria y buscaba respuestas que le aclararan los misterios de su pasado. El empresario griego Angelo Apollonides estaba encantado de recordarle a su ex amante el romance que habían vivido juntos.*

*Pero mientras trataba de vengarse de Gemma por haberlo traicionado, Angelo descubrió algo más que una increíble pasión. La mujer que estrechaba entre sus brazos no era su antigua amante. ¡Era su hermana gemela y pretendía vengarse de él!*

## Capítulo 1

Gemma Alien había vuelto.

Intentando contener la sorpresa que casi lo había dejado paralizado, Angelo Apollonides se dirigió hacia la mujer que lo había traicionado.

Sus empleados no le habían mentido. La verdad era que su antigua amante estaba en su playa, en su isla, admirando uno de sus yates. Y Angelo pensaba averiguar por qué había decidido volver.

—¿Qué haces aquí? —le espetó—. No esperaba volver a verte nunca. Especialmente aquí, en Strathmos.

Ella se volvió, sorprendida. Era la primera semana de noviembre y los días en la isla de Strathmos empezaban a ser fríos. Afortunadamente, el viento lanzó la melena roja sobre su cara, escondiendo su expresión por un momento. Cuando por fin lo apartó, Gemma había conseguido recuperar la calma.

—Angelo —murmuró, clavando en él sus ojos pardos—. ¿Cómo estás?

—Olvídate de las formalidades. No puedo creer que hayas venido —Angelo apretó los labios—. No pude creerlo cuando me dijeron que estabas actuando en el teatro Electra.

Ella se encogió de hombros.

—Soy libre y puedo trabajar donde me parezca.

—En cualquier sitio salvo en Strathmos. Éste es mi mundo y se mueve según mis reglas.

La isla era más que su mundo; era su hogar. El mismo había creado aquel paraíso. Pero cuando volvió, después de un mes haciendo negocios por toda Europa, descubrió que Gemma llevaba una semana allí.

—¿De verdad quieres que te demande por romper el contrato sin que exista una causa justa?

Angelo apretó los dientes. Él era famoso por ser un empresario justo y no le apetecía nada tener que enfrentarse con ella en los tribunales. Frustrado, miró aquel rostro que se había vuelto aún más hermoso en los tres años de separación. Tenía un aspecto diferente. El pelo más largo, los ojos más brillantes y la boca... esos labios generosos lo habían tentado más de lo que podría explicar. Angelo apartó los ojos de su boca y la miró de arriba abajo.

—Ser cantante es mejor que ser bailarina exótica.

—Han pasado tres años. Las cosas cambian.

—Yo no he cambiado —señaló él.

—No, tú no has cambiado nada —asintió Gemma.

—¿Y qué es lo que quieres, una segunda oportunidad?

Ella soltó una carcajada.

– ¿Una segunda oportunidad? Debes de estar loco.

Angelo arrugó el ceño. No le gustaba nada aquella nueva Gemma.

– ¿Por qué estás aquí?

– He venido a trabajar, ya te lo he dicho. Tú... o más bien tus validos me dieron el trabajo. Y el dinero que me ofrecieron era demasiado tentador como para decir que no.

– Ah, dinero.

– Sí, dinero. Tú heredaste un imperio de hoteles en las islas griegas antes de cumplir los veintiún años, pero eso no te da derecho a mirar a nadie por encima del hombro. Yo necesito dinero para vivir.

– He trabajado mucho para convertir unos hoteles familiares en una cadena hotelera de cinco estrellas. Y, que yo sepa, tú nunca pusiste objeción alguna al dinero que eso te proporcionaba.

– Si lo que dicen en las revistas es verdad, ahora estás tan alejado de los simples mortales como yo, los que tenemos que trabajar para ganarnos la vida, que podrías vivir en el monte Olimpo.

– No deberías creer lo que dicen las revistas –replicó él, pensando en los cotilleos que habían publicado sobre su ruptura con Melinda.

– ¿No? –Gemma levantó una ceja—. Entonces, ¿no eres el playboy del que hablan continuamente? ¿No sales con una modelo diferente cada semana?

– Salir en las revistas favorece tanto a esas mujeres como a mí.

– Entonces, ¿es sólo una cuestión de Relaciones Publicas? ¿Para crear la ilusión de cómo viven los ricos y famosos? ¿Es eso?

– ¿Por qué estás tan interesada... a menos que quieras otra oportunidad para meterte en mi cama?

Ella hizo una mueca.

– No tengo la menor intención.

– ¿No te han dicho que debes ser amable con el jefe? –sonrió Angelo—. Hace tres años no te habrías atrevido a hablarme como lo haces ahora.

– Hace tres años era una cría –replicó ella. Se había movido y, al hacerlo, la camiseta ajustada que llevaba se levantó un poco, mostrando un estómago plano y bronceado. Angelo tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada.

– Pero no niegas que estás interesada...

Gemma miró su reloj.

– No puedo negar que eres un hombre fascinante.

Angelo soltó una carcajada.

– No me deseas... pero admites que soy fascinante. ¿Qué mensaje estás intentando enviar?

Gemma, por un momento, no supo qué decir. Y Angelo se dio cuenta de que se le había puesto la piel de gallina.

– ¿Tienes frío?

– No – contestó ella.

Él tocó su brazo con un dedo.

– Si no tienes frío, ¿qué es esto?

Gemma apartó el brazo a toda prisa, y Angelo la miró a los ojos. ¿Qué había en ellos? Sorpresa y algo más... ¿miedo?

– Perdona, pero tengo que irme. Quizá te apetezca ir a ver el espectáculo – replicó ella, dándose la vuelta.

Pero Angelo la tomó del brazo, obligándola a mirarlo. Y aquella vez comprobó que era miedo lo que había en sus ojos. Miedo. Un miedo poderoso y abrumador.

¿Por qué estaba allí? Había dicho que necesitaba el dinero. ¿Era ésa la única razón? ¿O, a pesar de su negativa, querría retomar la relación que habían roto tres años antes?

– Suéltame – dijo Gemma, mirando los dedos que sujetaban su brazo.

Angelo apartó la mano.

– Muy bien, como quieras.

– Supongo que debería decir «encantada de verte» – murmuró ella, inclinándose para tomar las sandalias que había dejado sobre la arena.

– Pero estarías mintiendo.

– Yo no he dicho eso. No pongas palabras en mi boca.

Su boca. Angelo miró sus labios y sintió una inesperada punzada de deseo. ¿Cómo podía seguir deseando a Gemma Alien después de lo que le había hecho?

¿Y cómo podía haber olvidado lo sexy que era? Los labios generosos, las sinuosas curvas de su cuerpo, la melena roja como el fuego... ¿cómo podía haber olvidado esos detalles?

– De bailarina exótica a cantante. Me gustaría ver esa transformación. Iré a verte.

Media hora después, llevando sólo unas braguitas y una camisola de seda, Gemma estaba frente al espejo del camerino que compartía con Lucie La Vie, una cómica que hacía un número en uno de los bares anexos al teatro Electra.

Encontrarse con Angelo Apollonides en la playa había sido una sorpresa. Ni siquiera sabía que hubiese vuelto a Strathmos. Ella llevaba una semana allí, esperándolo y temiendo el encuentro. Quería estar preparada... vestida para la ocasión. Quería enseñarle lo que se estaba perdiendo. En lugar de eso, iba en

pantalón corto, sin maquillaje y con las piernas llenas de arena. Y, desde luego, no había esperado quedarse sin palabras.

Mirándose al espejo, Gemma se preguntó qué pensaría Angelo de la transformación. El maquillaje le daba a su piel una perfección falsa, escondiendo las pecas que cubrían su nariz. El maquillaje de ojos acentuaba su mirada, y el carmín rojo, la sensualidad de sus labios.

A Angelo le gustaban las mujeres bellas y exóticas. Sus amantes más recientes habían sido modelos famosas. Y, según decían las revistas que había estudiado, seguía sin sentar la cabeza.

Gemma se examinó frente al espejo. Estaba guapísima, exótica. Y Angelo estaría entre el público, examinándola.

Su plan tendría que...

Un golpecito en la puerta interrumpió sus pensamientos.

– Diez minutos, Gemma.

– Ah, gracias – murmuró ella, pasándose una mano por el pelo para intentar sujetar los salvajes rizos. No recordaba la última vez que un hombre le había acariciado el pelo...

Entonces recordó la mano de Angelo en su brazo, sus largos dedos...

Un segundo después la puerta se abrió y Angelo Apollonides entró en el camerino con la fuerza y la energía de un huracán.

– ¡No puedes entrar aquí! – exclamó Gemma, conteniendo el deseo de taparse con las manos. A pesar del escote, la camisola escondía todo lo que tenía que esconder.

Angelo cerró la puerta y se cruzó de brazos.

– No te preocupes. No voy a ver nada que no haya visto antes.

Gemma tragó saliva. Era un hombre magnífico. La chaqueta blanca parecía hecha a medida. Su pelo brillaba como el oro viejo y sus ojos, de color turquesa, lanzaban destellos. Era un hombre seguro de sí mismo, millonario y poderoso.

Y aquél era el hombre al que pensaba darle una lección que nunca podría olvidar...

– ¿Qué quieres?

– Que tomes una copa conmigo después del espectáculo.

Gemma intentó esconder su satisfacción. Sí, había merecido la pena ir a Strathmos. Unos años antes Angelo Apollonides la había impresionado con su personalidad y su atractivo mediterráneo. Pero ya no le interesaban nada los tipos dominantes.

Sin embargo, no quería aceptar enseguida. No quería que Angelo perdiese interés. Y tampoco debía olvidar por un momento cuál era su objetivo.

– ¿Te importa esperar fuera hasta que me haya vestido?

Angelo frunció el ceño y Gemma sonrió. Era un hombre acostumbrado a la admiración, la adulación, a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. Pero ella no lo haría.

– He venido al Palacio de Poseidón a cantar – le recordó.

– ¿Sólo a cantar? Yo no estoy tan seguro. Quizá has mentido antes. Quizá quieres volver a mi cama...

– Ya te he dicho que no.

– ¿No te gustaría volver a vivir a lo grande, como antes?

Qué arrogante era. Gemma se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada. Pero era tan alto que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás.

– Hablas como si hubiera sido una mantenida. Pero entonces también trabajaba para ti.

– ¿Compartir mi cama durante seis meses era un trabajo?

De nuevo, Gemma sintió el deseo de taparse, de comprobar que la camisola no revelaba sus oscuros pezones. Nerviosa, se levantó para ir a una esquina del camerino, donde había varios trajes colgados de un biombo.

De espaldas a Angelo, se puso un vestido de lentejuelas rojas. Y cuando se volvió, la expresión en el rostro del hombre la dejó sin habla.

Angelo también estaba sin habla. El vestido abrazaba sus curvas como un amante apasionado y el escote era tan provocativo...

– Mi carrera siempre ha sido importante para mí.

Y la fama también, seguramente.

– Si tú lo dices... pero yo diría que eso cambió cuando conseguiste lo que querías.

– ¿Y qué es lo que quería?

– Un hombre rico que pudiera darte todos los caprichos. Una tarjeta de crédito sin límite para comprar ropa, joyas... – Angelo miró entonces el topacio que Gemma llevaba en el dedo meñique de la mano izquierda –. Elegiste ese anillo en Mónaco. ¿No te acuerdas?

– No, me temo que no – contestó ella, sacando un par de guantes de encaje negro de un cajón.

Al otro lado de la puerta, Mark Lyme, el gerente del teatro, la llamó.

– Tengo que irme – dijo Gemma.

– Espera, esta conversación no ha terminado. Claro que te acuerdas. Esa noche fuimos al Baile de la Rosa y coqueteaste con todos los hombres que se cruzaban en tu camino...

¿Hombres? ¿Qué hombres?

– Eso no es verdad...

—¿Ha habido tantos hombres que ya no distingues a unos de otros? Esa noche llevabas puesto ese anillo... un anillo que yo te regalé. ¿No te acuerdas de eso? —le preguntó Angelo, irónico—. Pero seguro que te acuerdas de lo que pasó en la cama después.

A Gemma se le encogió el estómago. Fuera, Mark volvió a llamarla.

—No me acuerdo —repitió, abriendo la puerta—. No recuerdo nada de esa noche en el Baile de la Rosa. Y no recuerdo nada sobre ti. He perdido la memoria, Angelo.

Gemma salió al escenario sin dejar de pensar en Angelo Apollonides. Pero tenía que calmarse. Tenía que apartar de su mente la turbadora escena del camerino.

La charla de los espectadores terminó en cuanto la luz del foco central cayó sobre ella. Para entonces, la mayoría de los clientes había terminado de cenar y, siendo viernes por la noche, el local estaba lleno.

Por un momento, los nervios se le agarraron al estómago. Pero enseguida dio un paso adelante. Aquél era un sitio que le gustaba. Un sitio especial donde su voz, su mente y su cuerpo se mezclaban con la música.

Sólo al final de la segunda canción vio el rostro de Angelo entre la gente. Estaba solo y su mirada no revelaba nada.

Gemma tembló al pensar que después tendría que tomar una copa con él. El recuerdo de lo que había sentido en la playa cuando la tocó. Y el miedo que le daba aquel hombre...

Apartando la mirada, Gemma siguió intentando que el público disfrutase de sus canciones. Al final, durante la última nota, todos se quedaron un momento en silencio y luego empezaron a aplaudir. Gemma les lanzó un beso e hizo una reverencia, la larga melena cayendo sobre su cara. Cuando se incorporó, apartándose el pelo de la cara, los aplausos se convirtieron en silbidos de admiración y peticiones de bis.

—Muy bien. Una composición de Andrew Lloyd Webber, una de mis favoritas. Si alguna vez han perdido a alguien, esta canción es para ustedes.

Gemma empezó a cantar *Memory*. Su voz atravesaba la sala, clara y pura. Apenas se dio cuenta de que la gente contenía el aliento pero, cuando llegó a la nota final, el público se volvió loco.

Sonriendo, Gemma volvió a saludar. Pero no podía dejar de mirar a Angelo... pensando en la letra de la canción. *Un nuevo día*. Sus ojos se encontraron y la sonrisa de Gemma desapareció.

No habría un nuevo día para ellos. El pasado era una barrera infranqueable.

Gemma estaba temblando cuando llegó al camerino. Sentía como si acabara de tener una pelea a dos asaltos con Rocky Balboa. Lucie, su compañera, había vuelto y estaba tumbada en el sofá.

– El jefe quiere verte – le dijo.

– ¿Mark?

– No, el jefe. Angelo Apollonides. Me ha dicho: «Recuérdale que quiero tomar una copa con ella». No me habías dicho nada sobre esa invitación.

Gemma debería haber sabido que Angelo no iba a dejarla escapar. Que querría una explicación después de la bomba que había soltado antes de salir del camerino.

– Vino a verme unos minutos antes de salir al escenario – Lucie no sabía nada sobre su relación con Angelo, y ella no pensaba contárselo –. Pero estoy agotada.

En realidad, estaba asustada por su propia reacción. Lo último que quería era sentir algo por Angelo Apollonides. Y necesitaba tiempo para lidiar con esa inesperada complicación.

Cuando se enfrentase con él sería en sus términos, en su espacio. No en territorio del magnate griego.

– Así que puedes decirle que hoy no me apetece – terminó.

Rechazarlo sería lo mejor. Eso haría que Angelo quisiera verla desesperadamente.

– Gemma, no seas tonta. En los ocho meses que llevo trabajando aquí, Angelo Apollonides no ha invitado a nadie a una copa. ¿Y tú te niegas? – Lucie se levantó del sofá y empezó a pasear por el camerino.

– Estoy cansada.

– No te entiendo. Esta vez ni siquiera ha venido a Strathmos con una mujer. Dicen que ha roto con... – Lucie mencionó el nombre de una conocida modelo –. ¿Por qué no pruebas suerte? Evidentemente, está interesado por ti.

Gemma no se molestó en contestar. Tomó unas toallitas limpiadoras y empezó a quitarse el maquillaje a toda prisa. Angelo iría a buscarla, y ella no tenía intención de estar allí.

Unos segundos después, Lucie salió del camerino murmurando algo sobre la suerte que tenían las demás.

Pero Gemma sabía que la invitación de Angelo no tenía nada que ver con la suerte. Su reacción en la playa había dejado bien claro que no quería verla allí.

Y ella debía ir con pies de plomo. Llevaba un año intentando ponerse en contacto con él y, por fin, había conseguido un contrato para trabajar en Strathmos.

Sólo tenía dieciocho días para descubrir lo que quería y para encontrar la forma de hacerlo pagar por todo el dolor que le había causado. De modo que no podía dejarse asustar por el roce de su mano.

## Capítulo 2

¡Gemma le había dado plantón!

Y ni siquiera se había molestado en decírselo ella misma. Le había dejado el recado a su compañera de camerino. La rabia que había sentido al saber que Gemma Alien estaba en Strathmos, viviendo y trabajando en uno de sus hoteles, lo abrumó de nuevo.

Gemma decía haber perdido la memoria. ¿Cómo había ocurrido y qué tenía eso que ver con él? ¿Y por qué había vuelto a la isla?

Angelo miró hacia el escenario, el escote del vestido impreso en su memoria. No quería aceptar que no había dejado de pensar en ella desde que la vio en la playa. Y ahora Gemma lo dejaba plantado deliberadamente...

Furioso, se levantó, abandonando en la mesa la botella de Bollinger que había pedido, ya que a Gemma siempre le había gustado el champán, y fue a buscarla.

Pero no estaba en su camerino. Y tampoco estaba en el bar. Ni en la plaza que daba entrada al teatro.

Pero cuando iba a entrar de nuevo, vio una solitaria figura dirigiéndose a la playa...

Inclinando los hombros para neutralizar la fuerza del viento que se había levantado, Angelo aceleró el paso. Con ese pelo rojo era fácil localizar a Gemma Alien aunque fuese en vaqueros.

—Si le doy una orden a un empleado, espero que sea obedecida —le dijo, cuando llegó a su lado.

Gemma se dio la vuelta.

—Pensé que era una invitación. Una que yo no había aceptado, por cierto.

—Ni rechazado.

—Dame una buena razón para que tome una copa contigo.

Él parpadeo. Normalmente, las mujeres no dudaban en aceptar su invitación. De hecho, incluso se colaban en fiestas para verlo.

—Porque quiero hablar contigo.

—¿De qué? —preguntó Gemma.

—De esa supuesta pérdida de memoria.

—No es verdad. Me habías invitado a una copa antes de saberlo.

Era cierto. Lo que Angelo quería saber era por qué había ido a Strathmos. Tenía que ser por algo más que por el dinero. El instinto le decía que tenía algo que ver con esa supuesta amnesia. No quería admitir que le tocaba el orgullo que no se acordase de él.

¿O sería una trampa? ¿Sería la amnesia una mentira para no tener que enfrentarse con su traición? ¿O un último esfuerzo por hacer que se interesase por ella de nuevo?

—¿Has olvidado que coqueteaste con todos los hombres que se cruzaban contigo, tuvieran dieciocho u ochenta años, en el Baile de la Rosa? ¿No recuerdas lo que hubo entre nosotros?

—¿Tan difícil te resulta aceptar eso? Tengo amnesia.

—Ah, qué conveniente.

Gemma intentó decir algo, pero no le respondía la voz. De modo que se encogió de hombros.

—¿Qué tipo de amnesia?

—¿Eso importa? El hecho es que no puedo recordar nada de lo que pasó hace tres años. Es sólo... un borrón.

—Eso explica que hayas tenido la poca vergüenza de volver.

—No es fácil para mí estar aquí, te lo aseguro. Pero tengo que averiguar cosas sobre mi vida. Cómo era antes... Es muy raro, porque recuerdo muchas cosas de antes de conocerte. Casi todo, creo. Y sé lo que pasó... después. Es el tiempo que estuvimos juntos lo que no recuerdo.

—¿Y como ha pasado eso? ¿Tuviste un accidente, te diste un golpe en la cabeza? ¿Qué han dicho los médicos? ¿Saben si algún día recuperarás la memoria?

—No lo sé y no quiero hablar de ello —contestó Gemma—. Me molesta.

Angelo dejó escapar un suspiro.

—Sí, lo entiendo. Debe de dar un poco de miedo.

No tanto como él. Incluso cuando se mostraba amable, como ahora, daba una sensación de... peligro.

Gemma sintió un escalofrío. Angelo no seguiría siendo amable mucho tiempo. Era un hombre duro, decidido, despiadado. Un hombre que trabajaba como nadie, una leyenda.

—Cena conmigo.

La inesperada invitación sorprendió a Gemma.

—No sé...

—¿Por qué no? ¿Tanto miedo te doy?

—No me asustas en absoluto —contestó ella.

—Pues demuéstalo cenando conmigo.

Un reto. Qué infantil. La oscura intensidad de su mirada le dijo que no estaba preparada para cenar con él, pero no tenía elección si quería averiguar todo lo que se había propuesto averiguar.

—No, esta noche. Es muy tarde.

Él iba a decir algo cuando sonó su móvil. Angelo murmuró una disculpa mientras lo sacaba del bolsillo y empezó a hablar en griego...

– ¿Mañana por la noche? – le preguntó, después de colgar.

– Muy bien, mañana cenaré contigo – asintió Gemma.

– ¿Cómo nos conocimos? – sentada frente a Angelo en una esquina del restaurante El Vellochino De Oro, con un plato de calamares a la plancha delante de ella, Gemma estaba decidida a descubrir la verdad.

– En el festival de cine de Cannes – contestó él –. Pensé que eras una actriz.

Eso explicaría ciertas cosas. Angelo nunca antes había salido con una bailarina exótica.

– ¿Y qué pasó después?

– Eras preciosa, divertida... Yo disfrutaba mucho de tu compañía, así que te invité a pasar un fin de semana en La Caverna de Poseidón – contestó Angelo, nombrando uno de sus más famosos hoteles –. Tú aceptaste. Y cuando tuve que venir a Strathmos por un asunto de negocios, viniste conmigo. Después de todo, es aquí donde vivo la mayor parte del año.

Y entonces sonrió. Con una sonrisa que transformó su rostro, suavizando sus rasgos por primera vez.

Gemma dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato y se movió en la silla, incómoda. Que todo hubiera sido tan fácil para él la molestaba.

– Y me diste un trabajo en el hotel, ¿no?

– ¿Quieres postre?

– No, gracias.

– ¿Café?

Ella negó con la cabeza, impaciente.

Angelo se levantó entonces y apartó amablemente su silla.

– Era mucho menos sofisticado trabajar que ser la novia del jefe – le dijo al oído –. Y tú me hiciste creer que te estabas tomando un descanso de los escenarios.

– ¿Cómo?

– No supe que eras una bailarina exótica hasta un mes después de conocerte.

Gemma lo miró, sorprendida.

– ¿No te lo dije?

– No. Estabas encantada en Strathmos, y supongo que pensaste que era mejor esconderme eso hasta que fuese inevitable decirme la verdad.

– ¿No me marché de aquí por decisión propia?

– ¿Por qué ibas a hacerlo? Lo tenías todo. Un hotel maravilloso en el que vivir, una tarjeta de crédito sin límite... y unas relaciones sexuales que parecían satisfacerte.

Gemma caminó a toda prisa hacia la puerta, sin fijarse en un hombre de pelo oscuro que la saludaba con la mano.

– De modo que no trabajaba...

– Si lo que quieres decir es que ya no bailabas medio desnuda en un bar, no. Ya no trabajabas. En lugar de eso, me tenías a mí.

– Te tenía a ti – repitió ella –. ¿Y que conseguías tú a cambio?

– Tener a una mujer guapa en mi cama.

– Y supongo que no se te ocurrió pensar que quizá yo quería algo más.

– ¿Algo más?

– Una carrera...

– Tu carrera era ser mi amante. Ir de fiesta, recorrer los mejores hoteles del mundo... No necesitabas trabajar. Te aseguro que hacer las cosas a mi manera era mejor para ti.

«A mi manera». Gemma tenía la impresión de que en el mundo de Angelo Apollonides todo se hacía a su manera.

– ¿Me querías?

– ¿Quererte? – repitió él, sorprendido.

– Sí. ¿Me querías o lo único que te interesaba era tenerme en tu cama?

– Mira, Gemma, lo nuestro no tenía nada que ver con el amor. Éramos dos adultos que lo pasaban bien juntos. En fin, no éramos precisamente Romeo y Julieta.

– Si hubiéramos sido Romeo y Julieta, habríamos muerto al final – dijo Gemma, con los dientes apretados.

– ¿Por qué te enfadas? Lo que quiero decir es que no éramos dos crios que se creían enamorados.

– ¿Yo te quería? – preguntó ella entonces.

– ¿Por qué esa fijación con el amor? – exclamó Angelo –. Desde luego, nunca dijiste que me quisieras. No estabas conmigo por amor. Y yo tampoco.

Gemma se mordió los labios.

– No puedo creerlo. Yo no habría vivido esa clase de vida a menos que hubiera estado enamorada de ti. Va en contra de todo aquello en lo que creo...

Angelo hizo una mueca de incredulidad.

– Pues nunca dijiste que me quisieras. Y si eso es lo que crees ahora, es que has cambiado.

– Quizá sea así.

—Gemma... —empezó a decir Angelo, poniendo una mano en su brazo—. Yo te acepté tal y como eras. Hasta que me resultó imposible.

—¿Por qué?

—¿De verdad no te acuerdas?

—¡No! —exclamó ella, angustiada—. ¿Qué estoy haciendo? —suspiró luego, enterrando la cara entre las manos.

—Intentando recuperar la memoria, creo. Y quizá esto te ayude —murmuró Angelo. Su voz sonaba extrañamente ronca, y eso llamó su atención.

Gemma levantó la cabeza. Él estaba cerca, más cerca de lo que pensaba, y su corazón se aceleró.

—¿Sí?

Angelo entendió. Significaba «sí» a muchas más cosas. Incluso a lo que ella más temía.

En cuanto sus labios la rozaron, Gemma supo que su vida no volvería a ser la misma. Aquel beso estaba lleno de fuego, de pasión. El roce de su lengua provocó una especie de corriente eléctrica. Adrenalina. Y algo mágico.

Gemma contuvo el aliento. No se movía para que la magia no desapareciera... y cuando Angelo introdujo la lengua en su boca, cerró los ojos y se abandonó.

Al sentir los dedos de Angelo Apollonides acariciando sus hombros, sus terminaciones nerviosas se volvieron locas. Debió de ser eso porque, sin pensar, se apretó contra él hasta notar el indiscutible bulto de su erección a través de la suave tela del vestido. Fue una sorpresa... una señal de que el magnate había perdido el control. Y eso era increíblemente satisfactorio.

Hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido en el pasado, Angelo la deseaba como un loco.

—¿Te acuerdas de esto?

Gemma negó con la cabeza.

—Creo que los dos deberíamos calmarnos un poco —suspiró él entonces—. Vamos al casino... antes te gustaba.

—Muy bien —consiguió decir Gemma, aunque le temblaban las rodillas.

Candelabros de cristal colgaban del techo abovedado del club Apolo, el casino reservado para los clientes más importantes, con pinturas de héroes y mitos griegos que Gemma conocía bien. Pero el sofisticado ambiente le advertía que las apuestas serían muy altas.

Angelo la llevó a una mesa frente a la que había un grupo de hombres con trajes de chaqueta de diseño italiano y dos mujeres, una rubia y una morena, enojadas de

arriba abajo. Allí no hablaba nadie. Sólo el sonido de las fichas chocando entre sí rompía el solemne silencio.

Angelo colocó un fajo de billetes sobre la mesa y la elegante crupier, con un vestido negro hasta los pies, le entregó un montón de fichas.

—Son para ti.

—No puedo jugarme esa cantidad de dinero —protestó Gemma.

—Antes eso no te preocupaba.

—¿Y si lo pierdo todo?

—Habrá más, no te preocupes.

¿Y qué esperaría él a cambio? ¿Sexo? Obviamente, eso era lo que había ocurrido en el pasado.

—¡No! He olvidado cómo se hace esto. No recuerdo las reglas...

—Inténtalo.

—Angelo, no quiero hacerlo.

—Muy bien. Veremos si puedo penetrar el velo de esa memoria de otra manera. Quédate con las fichas, por si quieres jugar más tarde...

—No me apetece jugar esta noche.

—¿Te apetece una copa?

Gemma asintió con la cabeza. Tan cerca, podía ver las arruguitas que tenía alrededor de los ojos, el brillo que había en ellos...

—¿Gemma? —oyó una voz masculina.

Sorprendida, volvió la cabeza.

—Me había parecido que eras tú —el hombre que se acercaba a ellos tenía el pelo oscuro y estaba muy bronceado. Gemma no lo reconoció.

Afortunadamente, la conversación fue interrumpida por la mujer rubia, que se levantó para saludarlo de forma más que amistosa.

—¿Lo has invitado a venir? —preguntó Angelo en voz baja.

—¿Cómo? Pero si no sé quién es...

—No creo que a Jean-Paul le haga gracia haber sido olvidado tan pronto.

—¿Quién es?

—Jean-Paul Moreau.

—¿Quién?

—Tu amante —contestó Angelo, su rostro impenetrable—. El hombre al que eché de nuestra cama hace tres años.

## Capítulo 3

Gemma miró al hombre, atónita.

La respuesta de Angelo era lo último que esperaba oír. Pero, a juzgar por su expresión, era la verdad.

No podía ser. Angelo debía de estar equivocado.

Pero antes de que pudiera discutírselo, el fuerte aroma de una colonia masculina la envolvió.

—*Chérie*, estás más guapa que nunca.

—Hola... Jean-Paul.

—Pensé que no querías saludarme. Me alegra saber que recuerdas a los viejos amigos.

A su lado, Angelo emitió una especie de bufido, pero Gemma lo fulminó con la mirada. No quería contarle a Jean-Paul nada sobre su amnesia.

Al menos, todavía no.

Pero encontrarse frente a frente con el hombre que Angelo decía había sido su amante la había dejado sorprendida. Aunque detestaba a Angelo Apollonides, él no tenía razones para mentir sobre su pasado. Y ella tenía que saber más.

Jean-Paul puso un fajo de billetes sobre la mesa y le hizo una seña a la crupier. Y cuando ella le entregó las fichas, empujó un montoncito hacia Gemma.

—Para ti, *chérie*.

La sonrisa de Jean-Paul era desconcertantemente íntima. La sonrisa de un hombre que conocía muy bien a una mujer.

—Gracias, pero ya tengo suficientes. Y vamos a tomar una copa...

Jean-Paul la miró de arriba abajo, una mirada explícita.

—*Chérie*, tú nunca has tenido suficiente. Venga, apuesta por mí.

—¡Ya está bien! —exclamó Angelo, pasándole un brazo por la cintura con gesto posesivo. Tanto que casi le hacía daño—. Gemma no quiere sus fichas.

—*Chérie*, no te dejes engañar. Apollonides es el mismo hombre que era hace tres años. El trabajo siempre será su primera amante. ¿Eso será suficiente para ti esta vez o irás corriendo a buscarme...?

—¡He dicho que ya está bien! Ha ido demasiado lejos, Moreau. Si vuelvo a verte al lado de Gemma, lo echaré de la isla. ¿Me ha entendido?

Jean-Paul se limitó a sonreír.

—Tranquilo. No significa nada... nunca ha significado nada.

Lo último que Gemma quería era una escena en medio del casino. Las dos mujeres estaban mirándolos y algunos clientes se habían vuelto al oír voces...

– Angelo...

– Mantenga las distancias, se lo advierto. Ya se lo dije una vez: yo no comparto a mis mujeres – insistió Angelo –. Vamos, Gemma.

Sin mirar a Jean-Paul, Gemma bajó del taburete en el que estaba sentada.

«Mis mujeres». ¿Qué había querido decir con eso? ¿Seguía considerándola suya?

Cuando salieron a la calle, Angelo seguía furioso. En silencio, caminaba por el paseo con Gemma a su lado, sus tacones repiqueteando sobre el suelo de baldosas.

– Siento lo que ha pasado.

Él se encogió de hombros.

– Tenía que ocurrir tarde o temprano. Y sólo es una cuestión de tiempo que vuelva a ocurrir otra vez.

– ¿Qué quieres decir?

– Que otro hombre resurgirá de las cenizas de tu pasado.

– Pero yo no lo recuerdo – protestó Gemma.

– ¿Y tampoco recuerdas a los otros? Pobres. Casi me dan pena.

Sin embargo, Angelo debía admitir que le satisfacía que no recordase al francés. Especialmente después de lo que pasó...

– Yo sí recuerdo a Jean-Paul Moreau. Lo vi con mis propios ojos y puedo darte detalles de cómo estabas sentada a horcajadas sobre él, tus rodillas en sus caderas, tus pechos saltando arriba y abajo, las sábanas de satén, mis sábanas de satén, arrugadas a vuestro alrededor. Tu piel desnuda como una perla...

– ¡Cállate! No quiero oír nada de eso – lo interrumpió Gemma.

– Si te digo lo que vi, lo que sigo viendo claramente, quizá eso te ayude a recordar – Angelo sabía que su amargura era evidente, pero quería hacerle daño. Humillarla como ella lo había humillado –. ¿Cuántos hombres como Jean-Paul ha habido en tu vida? ¿Hombres que no recuerdas?

Gemma sintió un escalofrío.

– Dime, ¿cuántos más?

– No lo sé. ¡Y deja de hacerme preguntas como si tuvieras algún derecho a hacerlas! – replicó ella –. Te estás comportando como un neandertal.

– ¡Un neandertal! ¿Un neandertal?

– Sí, exactamente. Como un gorila...

Angelo clavó los dedos en sus hombros.

– Así que soy un gorila...

Sin decir nada más, inclinó la cabeza y buscó sus labios, hambriento. Acariciaba el interior de su boca con la lengua y un extraño anhelo empezó a crecer dentro de Gemma. El deseo que Angelo había encendido con el primer beso volvió con toda su fuerza. ¿Qué le estaba pasando?

Pero Angelo estaba excitado, y eso la hizo sentir cierta euforia. Sus caderas parecían haber desarrollado vida propia y se movían, haciendo círculos, buscándolo.

El ardiente aliento masculino quemaba su boca y empezaron a temblarle las rodillas.

Gemma, nerviosa, dio un paso atrás, los tacones de sus zapatos clavándose en la hierba. Angelo la siguió, sus muslos moviéndose contra ella como en una danza erótica, sus bocas devorándose...

El tronco de un árbol detuvo a Gemma, pero no a Angelo. Escondidos entre las ramas, siguió besándola, enredando los dedos en su pelo. Sus pechos se hinchaban con las caricias masculinas, los pezones marcándose bajo la tela del vestido.

Cuando Angelo por fin levantó la cabeza, Gemma gimió una protesta. En el silencio de la noche, el sonido de sus jadeos era oscuro, ronco, desconocido. El puso las manos a su espalda para soltar las tiras del escote halter y descubrir sus pechos, acariciándolos con manos ardientes, apretando sus pezones con los dedos... Gemma se arqueó, tensa al sentir una tormenta de lava ardiente bajos su braguitas.

Poniéndose de puntillas, se frotó contra él, concentrándose en su zona más sensible, la parte que más lo excitaba aunque hubiera un pedazo de tela separándolos. Pero enseguida Angelo separó las piernas para que lo que había bajo el pantalón se colocara justo entre las suyas.

Gemma echó la cabeza hacia atrás y siguió frotándose, frotándose hasta que supo que estaba al borde del precipicio. Angelo seguía apretando sus pezones casi con furia y, al notar las embestidas de su lengua, Gemma sintió que una corriente eléctrica la recorría de la cabeza a los pies.

Excitada como nunca, dejó escapar un gemido casi inaudible. El punto más sensible de su anatomía encendido como una hoguera cuando empezaron las convulsiones...

Tuvo que apoyarse en el tronco del árbol, mareada y exhausta, su pulso latiendo furiosamente. Las piernas no la sostenían y, si el árbol no la hubiera sujetado, habría caído al suelo.

Angelo levantó la cabeza y apartó la mano de sus pechos, su expresión indescifrable.

—Quizá esto te haya ayudado a recordar.

Cómo lo odiaba. Al oír esas palabras, Gemma intentó abrocharse las tiras del vestido, pero le temblaban las manos y, por fin, con un murmullo de impaciencia, tuvo que hacerlo Angelo.

Gemma buscaba desesperadamente algo que decir para romper el silencio. ¿Pero qué podía decirle a un hombre que le había dado tal placer sin molestarse en

quitarle el vestido o las braguitas siquiera? Y ella, a pesar de odiarlo, había dejado que hiciera lo que quisiera...

Gemma tembló, avergonzada de sí misma.

Decirse que lo despreciaba no servía de nada. Había dejado que la tocara, ella misma se había frotado contra él sin vergüenza alguna... no quería ni pensarlo.

Vestido de los pies a la cabeza, Angelo la había tocado con los dedos y la boca y le había dado más placer del que recordaba haber sentido nunca.

Gemma quería salir corriendo. Escondarse en alguna parte.

— Iré sola a mi habitación. No tienes por qué acompañarme.

— No, prefiero acompañarte — la voz de Angelo era más fría que el invierno —. Cuanto antes termine tu contrato y te vayas de Strathmos, mejor para los dos.

— Me iré mañana. Y déjame en paz. No quiero tu compañía.

Una vez en su habitación, Gemma puso agua a calentar, parpadeando para controlar las lágrimas. Se sentía enferma y necesitaba una taza de tila para calmar los nervios.

No podía quedarse allí.

Se iría de Strathmos al día siguiente... aunque eso significara romper el contrato. No podía seguir viendo a Angelo Apollonides.

Nunca se le había ocurrido pensar que se derretiría bajo sus caricias. Pero Angelo era un playboy. Nadie sabía eso mejor que ella.

¿Cómo se había metido en aquel lío? Angustiada, Gemma se pasó una mano por el pelo.

Tenía que controlarse, analizar lo que había pasado para intentar entenderlo. Sí, muy bien, ella lo había provocado. De forma intencionada. Pero no había esperado que Angelo reaccionara de forma tan fiera.

Sí, era mucho más peligroso de lo que había pensado.

¿Por qué lo había provocado? ¿Qué había esperado conseguir con eso? ¿Quería demostrarle que no era la mujer que él pensaba que era?

Si era así, había fracasado miserablemente.

Suspirando, echó una bolsita de té en la taza y se dejó caer en el sofá. La foto que había sobre la mesa parecía reírse de ella. Sí, una familia modelo. Mamá y papá flanqueando a una joven sonriente, Mandy, y de fondo, un precioso rosal. Los ojos de Gemma se llenaron de lágrimas. Ojalá ella tuviera el sentido común de su madre...

Mirando el reloj, comprobó que en Nueva Zelanda sería por la mañana, de modo que tomó el teléfono y marcó el número de su casa.

— ¿Dígame?

– Soy yo, mamá.

– Cariño, cuánto me alegro de que llames. Estaba muy preocupada por ti.

– Debería haber llamado antes, ya lo sé. Pero tú sabes que tenía que venir, mamá.

– Sí – suspiró su madre, resignada –. Lo sé, hija. ¿Ha servido de algo?

Su psicóloga la había ayudado a convencer a sus padres. Tenía que cerrar aquella etapa de su vida, y ésa era la razón del viaje a Strathmos: cerrar por fin una etapa.

– No lo sé, mamá. Estoy muy confusa. A veces creo que voy a perder la cabeza.

Pero al día siguiente todo aquello terminaría. Se iría de la isla y no volvería a ver a Angelo Apollonides nunca más. Era lo mejor, aunque eso significara que nunca sabría la verdad.

– ¿Cómo está papá?

– Bien.

– Quiero decir, ¿cómo está llevando mi viaje a Strathmos? Estaba muy disgustado cuando me fui.

Su madre dejó escapar un suspiro.

– Está preocupado. Ese viaje ha reabierto las heridas de la muerte de tu hermana. Tiene miedo de lo que pueda pasarte.

– Dile que estoy bien y que le quiero.

– Ha vuelto a hacer terapia. El médico dice que ya ha pasado lo peor de la depresión. Para él, como para ti, lo más terrible fue saber por qué había muerto Mandy.

Gemma volvió a mirar la foto de su hermana gemela como buscando respuestas. Mandy había muerto infeliz y perdida. Pero nadie sabía por qué. Sólo Angelo Apollonides. Y hasta que sus padres y ella no supieran la verdad no podrían vivir en paz.

Y por eso no podía mandarlo al infierno y darse la vuelta. No podía irse de Strathmos.

– Cariño, vuelve a casa.

– No puedo. Tengo que averiguar qué le pasó a Mandy. Sólo así podremos seguir adelante con nuestras vidas.

– Gemma, tu hermana no querría que sufieras así.

– Lo sé, pero tengo que entender qué le pasó... qué le hizo ese canalla y por qué reaccionó ella como lo hizo. Papá y tú también tenéis que saberlo.

– Ni tu padre ni yo queremos que te mezcles con ese hombre. Es muy rico, muy poderoso. Podría hacerte daño.

Como le hizo daño a Mandy.

Gemma sabía lo que su madre estaba pensando.

– ¿Has hablado con él? ¿Te ha dicho algo?

Gemma no quería confesar que no le había preguntado nada sobre la muerte de Mandy. Y mucho menos que le había dejado creer que era su hermana.

– No, antes tenía que saber qué clase de hombre era.

– ¿Y qué clase de hombre es?

– No sé... es difícil de explicar.

Atractivo, apasionado. Irresistible.

– Gemma, ten cuidado. Tú no eres Mandy. Meterse en líos era su especialidad, pero no la tuya. Tú siempre has sido la más sensata.

Su madre tenía razón. Mandy siempre había sido una irresponsable. Llevarse su pasaporte y su tarjeta de crédito a Strathmos y asumir su identidad sólo había sido una de sus bromas. Una broma trágica, al final.

«Oh, Mandy, ¿qué pasó?».

Gemma no podía dejar de pensar en su familiaridad con aquel hombre, Jean-Paul. Y tampoco podía dejar de recordar el calor de los labios de Angelo, la emoción de sentir aquel cuerpo tan masculino apretado contra el suyo...

¿Cómo iba a darle una lección si le temblaban las piernas cada vez que se acercaba?

¿Y cómo iba a mirarlo a la cara después de lo que había pasado?

Gemma cerró los ojos. ¿Cómo podía haberse dejado besar y tocar por el hombre que había destruido a su hermana?

## Capítulo 4

Gemma estuvo dando vueltas en la cama durante gran parte de la noche. En sus sueños se mezclaba lo que le había pasado a su hermana con la extraña pasión que había nacido entre Angelo y ella. Pero poco antes de amanecer, el insistente golpeteo de la lluvia en los cristales logró que, por fin, se quedase dormida.

Por la mañana, saltó de la cama y abrió las cortinas. El sol no asomaba por entre las nubes y los árboles se balanceaban con el viento, pero al menos había dejado de llover. Como no tenía que trabajar hasta la noche, Gemma decidió bajar a la playa para hacer *windsurf*. Eso la haría olvidar a Mandy, a Jean-Paul y... a Angelo.

Después de ponerse el traje de neopreno, llamó a recepción para comprobar que no habría tormenta y, tomando un par de plátanos, una botella de agua y una toalla, salió de su habitación.

La playa estaba desierta, y Gemma eligió una tabla de entre un grupo que el hotel dejaba allí para los clientes. Llevándola hasta el agua, apoyó las dos manos en ella, esperando... Cuando llegó el primer golpe de viento, levantó el mástil y subió a la tabla de un salto. Colocando los pies, Gemma ajustó la vela y dirigió la tabla mar adentro.

Sus preocupaciones se evaporaron mientras volaba sobre las olas.

Un par de horas después, Gemma se percató de que había otra persona haciendo *windsurf*. Y se dirigía hacia ella.

Una rápida mirada al reloj le dijo que aún quedaba mucho tiempo antes del ensayo. Y no tenía el mar para ella sola a menudo. No iba a marcharse sólo porque hubiera otra persona en el agua. Tenían todo el mar Egeo para los dos. Si se alejaba un poco, quizá el desconocido la dejaría en paz.

Pero la vela blanca y negra seguía acercándose...

Era Angelo.

Por un momento pensó que iban a chocar, pero movió la vela en contra del viento y éste la alejó de la otra tabla. Gemma se volvió después, mirándolo por encima del hombro.

Angelo seguía luchando contra el viento para acercarse a ella. Nunca la había deseado como en aquel momento.

Un segundo después, el viento amainó y las dos tablas perdieron velocidad. Angelo soltó una palabrota mientras se inclinaba para sujetar la vela. Cuando volvió a levantar la cabeza, vio que Gemma se había tumbado sobre su tabla y estaba nadando hacia la playa. Sin mirarlo siquiera.

Una vez en la playa Gemma saltó de la tabla a toda prisa, sabiendo que Angelo no dejaba de mirarla.

Con las zapatillas llenas de agua, corrió hacia donde había dejado la toalla y se dejó caer sobre ella con el corazón latiendo a toda velocidad.

Angelo se acercó un minuto después.

—No me habías dicho que hicieras *windsurf*.

Cuando se bajó la cremallera del traje de neopreno el sonido pareció un estruendo en medio de aquel silencio. Debajo llevaba un bañador oscuro, y Gemma intentó no fijarse en su estómago plano, en los músculos bien definidos de un hombre que parecía hacer ejercicio a menudo.

—No sé por que no te lo dije.

¿Por qué no se lo habría contado Mandy? Especialmente sabiendo que Angelo también hacía *windsurf*. Sus padres habían pagado a un profesor para que les diera clases en Buckland's Beach, cerca de su casa. Mandy estaba más interesada en tontear con los chicos que en aprender, pero al final se convirtió en una experta.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Angelo.

—No me voy —contestó ella.

—Anoche dijiste que te ibas. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—Porque si rompiera mi contrato, mi reputación quedaría empañada y podría tener problemas para encontrar trabajo.

—Yo me encargaría de que eso no ocurriera.

—No puedo irme. Necesito el dinero.

—¿Es ahora cuando se supone que debo ofrecerte dinero para que no te vayas? —preguntó Angelo, irónico.

—¡No! Tengo un contrato y pienso cumplirlo. Necesito el dinero, ya te lo he dicho.

—¿Para qué lo necesitas?

—Para pagar los gastos de hospital.

—¿Gastos de hospital?

—Por... el accidente.

—¿Eso es lo que provocó la amnesia? ¿Un accidente de coche?

—Los testigos dijeron que la persona que me atropello se dio a la fuga —mintió Gemma—. Afortunadamente, cuando llegué al hospital recordé quién era. Pero no recuerdo nada sobre ti, sobre Strathmos... o lo que pasó cuando me marché de aquí.

—¿Sufriste alguna otra lesión?

—No, tuve suerte. Sólo un golpe en la cabeza.

—No creo que eso fuera una suerte. ¿La policía detuvo al conductor?

—No —contestó Gemma, cruzándose de brazos. Detestaba mentir, pero no tenía más remedio—. ¿Entiendes ahora por qué necesito el dinero?

– ¿Qué vas a hacer cuando termine tu contrato aquí?

– Mi representante está buscando algo.

– Muy bien. Pero tu contrato en Strathmos no será renovado. No te quiero aquí.

Gemma tragó saliva. De modo que tenía menos de dos semanas para averiguar lo que había pasado...

– De acuerdo.

Pasaron dos días sin que viese a Angelo. El miércoles por la mañana, Gemma estaba tumbada al borde de la piscina del hotel. Había oído que Angelo solía nadar allí por la mañana, antes de que empezasen a llegar los clientes.

En el centro de la piscina había un grupo escultórico: cuatro caballos alados rodeando una fuente de la que manaba un chorro de agua que casi llegaba al techo.

Con los ojos medio cerrados, Gemma casi podía imaginar las míticas bestias galopando por el cielo, conducidas por el dios del sol.

Un camarero acababa de llevarle una copa con una sombrillita rosa cuando oyó una voz familiar:

– Así que es aquí donde te escondes.

De repente, Gemma deseó llevar algo más que aquel diminuto bikini.

– ¿No tienes nada que hacer? Podrías trabajar en lugar de buscarme por todas partes.

Angelo hizo un gesto con la mano.

– Me dijiste que necesitabas dinero, ¿no?

– Sí...

– Pues acabo de descubrir que este contrato te parecía tan interesante que aceptaste un recorte en tu salario habitual. Y me gustaría saber por qué. ¿Cómo puedes permitirte cuando, supuestamente, tienes que pagar tantos gastos de hospital?

– Necesitaba urgentemente el dinero, por eso acepté un recorte en mis honorarios. No he trabajado mucho últimamente...

– Una vez me dijiste que lo mejor de ser bailarina exótica era que siempre tenías trabajo. Si necesitabas dinero, ¿por qué no has vuelto a bailar?

– Ya no hago eso. Me gusta cantar. Además, me pagan mejor –contestó Gemma.

– ¿Qué es esto? –preguntó Angelo entonces.

Ella levantó la mirada y vio que estaba señalando la copa.

– ¿Es que no lo ves?

– No puedes beber nada antes de cantar.

– ¿Ni siquiera un zumo de fruta? – preguntó Gemma, irónica—. No contiene alcohol. Puedes olerlo si quieres.

– Muy lista. Como tu bebida preferida es el vodka, olerlo no serviría de nada.

Claro. Mandy siempre tomaba vodka...

– Mi único vicio – mintió Gemma.

– ¿Tu único vicio? – sonrió Angelo, irónico.

Los vibrantes ojos de color turquesa estaban rodeados por largas pestañas oscuras. Desde luego, Angelo Apollonides era el hombre más guapo que había visto nunca. Una pena que no fuera su tipo.

– Es el único que se me ocurre. Pero si lo pienso un rato, seguro que descubro alguno más.

– Inténtalo. Seguro que encuentras más vicios de los que recuerdas ahora. Como mentir, por ejemplo.

– ¿Por qué dices eso?

– No estoy seguro... pero cuando descubrí que habías aceptado un recorte en tu salario pensé que me habías mentido.

– Ya ves que no.

Angelo la miró, en silencio.

– No me mientas nunca, Gemma.

– No te he mentado. Necesito el dinero.

– ¿Demasiadas compras, demasiadas fiestas?

Si él supiera... Mientras Mandy era de las que iban de fiesta en fiesta, Gemma prefería pasar el tiempo al aire libre. Paseando, haciendo *windsurf*. O, sencillamente, asistiendo a un concierto en el parque. Placeres sencillos, no las fiestas sofisticadas a las que sus amantes querrían acudir.

¿Cómo podía averiguar dónde había ido a parar el dinero que su hermana había sacado de su tarjeta de crédito?

– Hace tres años no tenías deudas – dijo Angelo entonces—. Y poseías algunas joyas caras – añadió, mirando el anillo que Mandy le había regalado antes de morir y que él decía haberle comprado en Mónaco.

– No sé qué ha sido del dinero.

– ¿No te acuerdas?

– No.

– Yo fui más que generoso contigo. Te compré ropa hasta que ya no te cabía en los armarios. Si te hubieras portado como una persona sensata, no tendrías estos problemas.

– ¿Quieres decir si siguiera siendo tu amante? Si estuviera dispuesta a soportar tus exigencias...

– Pensé que lo habías olvidado todo. ¿Cómo es que recuerdas lo exigente que soy?

– He leído los cotilleos de las revistas. ¿Cómo crees que me enteré de que habíamos tenido una aventura?

– Entonces, no has venido sólo para ganar dinero. Quieres averiguar algo sobre nosotros.

Gemma tragó saliva.

– Sé exactamente la clase de hombre que eres.

– ¿De verdad? – murmuró él, mirándola a los ojos.

Demasiado cerca. Demasiado masculino. Demasiado... todo.

– No recuerdo nada – dijo Gemma –. Pero sé lo que siento por ti.

– ¿Y qué sientes? – preguntó Angelo, inclinando la cabeza...

– Me repugnas – contestó ella.

– Ah, me estás provocando – sonrió el magnate –. Quieres que te demuestre que estás mintiendo.

Ella lo pensó un momento. Quizá estaba utilizando una estrategia equivocada...

– La verdad es que no he sido sincera contigo.

– ¿Ah, no? Qué sorpresa.

– No. Vine aquí para pedirte ayuda. Desperté sola en un hospital de Londres sin recordar cómo había llegado allí, con quién estaba o qué había pasado...

– ¿La gente que presenció el accidente no te contó nada?

– Nadie sabía nada sobre mí. La única pista que tenía era una nómina de un sitio llamado el Palacio de Poseidón. Más tarde me enteré de que había trabajado allí... y de que había tenido una aventura contigo.

Más mentiras. Mandy le había enviado un correo electrónico desde Strathmos contándole que había conocido a un millonario que le daba todos los caprichos.

– Por eso estoy aquí. Pensé que... si volvía... si hablaba contigo, podría recordar algo de mi pasado.

– ¿Y está funcionando?

– No – contestó Gemma –. Pero quizá tú podrías ayudarme. Si me dejaras hacerte algunas preguntas..., eso me haría recordar.

Gemma esperó conteniendo el aliento. No quería delatarse y esperaba que Angelo cayese en la trampa.

– Muy bien. Pero si eso no funciona, se acabó. Te irás en cuanto haya cumplido tu contrato.

– De acuerdo.

– Empezaremos esta noche, después del espectáculo.

– Prefiero que hablemos por la mañana.

– Yo soy un hombre muy ocupado, Gemina. Si quieres mi ayuda, tendrá que ser esta noche. En mi suite.

– No – dijo ella a toda prisa. Lo último que deseaba era estar a solas con aquel hombre. La atracción que sentía por Angelo Apollonides le daba miedo. Aunque necesitaba saber qué le había pasado a su hermana gemela, no pensaba dejar que él la destrozase – . Te veré después del espectáculo en el bar Dionisio.

Angelo pareció pensarlo un momento.

– Muy bien, como quieras.

## Capítulo 5

El bar estaba lleno de gente. Angelo se levantó y le hizo un gesto con la mano para que se acercase a su mesa. Al otro lado del cristal podía ver las luces del jardín y las de los yates anclados en el puerto.

– Siento llegar tarde. He tenido que ducharme después del espectáculo...

– No importa. ¿Qué tal ha ido?

– Bien.

– ¿Quieres tomar algo?

– Un vaso de agua con gas, por favor.

– ¿Estás segura? No tienes que volver a cantar hasta mañana – dijo Angelo, mirándola con cara de sorpresa.

– No me gusta mucho el alcohol.

– Ah, veo que has cambiado. Y me alegro.

Gemma lo observó mientras hablaba con el camarero. ¿Cuál habría sido su relación con Mandy? Sabía que su hermana era dada a las fiestas, pero Angelo casi parecía desaprobar que bebiese alcohol. Algo que no cuadraba con su imagen de playboy.

– Qué raro que el propietario de una cadena de hoteles desee que sus clientes no tomen alcohol. Eso no puede ser bueno para el negocio.

– Tú no eres una cliente, eres una empleada. Y no eres famosa por beber agua precisamente.

– ¿Qué quieres decir?

Angelo sacudió la cabeza.

– Casi es mejor que no recuerdes.

– Pero es que quiero saber.

– Lo único que debes saber es que... tenías un problema con el alcohol.

¿Un problema que él había exacerbado? ¿O sería al contrario?

«Yo lo amaba. Quería complacerlo en todo. Estaba dispuesta a hacer todo lo que él me pidiera. Siento mucho haberos fallado».

El recuerdo de las palabras de Mandy hizo que Gemma tuviese que disimular una mueca de desprecio. No. Angelo Apollonides había tenido algo que ver con la muerte de su hermana. Él le había destrozado la vida.

– Bueno, ¿qué quieres preguntarme?

– Tú querías saber por qué necesito dinero, ¿no? Pues además de los gastos de hospital... me gustaría saber por qué hay una deuda de treinta mil euros en mi tarjeta de crédito.

– No tengo ni idea.

– Sacaba dinero de la tarjeta y me lo gastaba en el casino, ¿es eso?

– Te gustaba jugar, no es culpa mía – Angelo se encogió de hombro –. Pero yo no diría que eras una jugadora compulsiva.

– Pero treinta mil euros es mucho más de lo que yo podía permitirme.

– Tus fichas las pagaba yo, así que jugar no te costaba nada. Debiste de acumular deudas después de dejarme.

– ¿Y dónde fui cuando me marché de Strathmos?

– No lo sé.

– Y tampoco te importó, claro.

Angelo la miró, sorprendido.

– Fui muy generoso contigo, Gemma. Cuando vivíamos juntos tenías una tarjeta de crédito sin límite, dinero en efectivo a todas horas... podrías haber ahorrado algo.

Ella abrió la boca para protestar, pero tenía la impresión de que estaba diciendo la verdad.

– Siento mucho que tuvieras un accidente – siguió él –. Pero eres una mujer adulta. Has trabajado en clubs en Londres, en París. Para ti, Nueva Zelanda era un agujero al que no querías volver nunca. Supuse que te habrías ido a algún sitio a buscar otro «benefactor» que pagase todos tus gastos.

Gemma parpadeó. Estaba claro que disfrutaba acostándose con Mandy, pero no parecía sentir ningún respeto por ella. Pobre Mandy.

– Cuando te encontré en la cama con Moreau me dio igual lo que fuese de ti. En realidad, esperaba que te ahogases. Me habías traicionado de la peor manera posible y lo único que deseaba era perderte de vista.

Si estaba diciendo la verdad, no sabía nada sobre el paradero de Mandy desde que se marchó de Strathmos. ¿Podría significar eso que lo había juzgado mal? Quizá Angelo Apollonides no tenía nada que ver con los problemas de su hermana.

Gemma contuvo un suspiro. Había esperado descubrir la verdad a través de él, pero eso no parecía posible.

– ¿Me marché de la isla con Jean-Paul?

– Es posible – Angelo se encogió de hombros –. También quería perderlo de vista a él.

Quizá el francés podría ayudarla, pensó Gemma entonces. En ese momento el *maitre* llamó a Angelo discretamente, y él hizo un gesto de disculpa.

– Lo siento, pero me necesitan en otra parte. ¿Quieres que te pida algo más?

– No, gracias. Me voy a dormir.

Él la miró un momento, en silencio.

– La verdad, aunque no quiera, sigo preocupándome por ti.

Y después de decir eso se alejó.

Pensativa, Gemma tomó su bolso y se dirigió a la puerta... donde estuvo a punto de chocarse con Jean-Paul.

– Cuidado, *chérie* – sonrió él, tomándola del brazo –. Me alegro de verte. ¿Te apetece una copa?

Tras la advertencia de Angelo, Gemma habría querido decirle que no, pero tenía que averiguar qué había pasado con su hermana. Si Mandy se había ido de Strathmos con Jean-Paul Moreau...

– Sí, muy bien.

– Vuelvo enseguida.

Jean-Paul volvió unos minutos después con dos copas en la mano.

– ¿Qué es?

– No pensarás que lo he olvidado, ¿verdad, *chérié*? – sonrió el francés –. Tú eres la única mujer que bebe vodka doble con tónica... como si fuera agua. El secreto de tu éxito, decías. Y eso te hacía increíblemente excitante.

Angelo salió del club Apolo con gesto de cansancio. Había tardado un buen rato en calmar a un cliente que protestaba porque, según él, uno de los jugadores de póquer hacía trampas.

Cuando iba a tomar el ascensor que llevaba a su suite miró el reloj. Gemma estaría ahora en su habitación. Sonriendo, se detuvo en recepción un momento y pidió que lo pusieran con ella. Pero no contestaba nadie.

Quizá seguía en el bar, pensó, dirigiéndose hacia allí. En cuanto entró vio su melena roja...

Y no estaba sola.

Estaba con Jean-Paul Moreau.

¿Qué demonios hacía Gemma con Moreau? Le había advertido que no se acercara a él.

El vestido plateado que llevaba destacaba sus curvas y la melena roja contrastaba vívidamente con el color pálido de la tela. Sentada en un taburete, con las piernas cruzadas, era la mujer más deseable del bar.

Tres años antes no había sentido más que rabia y desprecio por Gemma y apenas había vuelto a pensar en ella desde entonces. ¿Qué había cambiado? ¿Por qué no podía dejar de mirarla? Sobre todo, después de comprobar que nada había cambiado. Al fin y al cabo, seguía con Moreau.

– ¡Angelo! Pensé que...

– ¿Estaba ocupado? – terminó Angelo la frase por ella.

– Sí.

– Pues ya ves que no.

– ¿Otro vodka? – sonrió Moreau.

¿Vodka?

– Pensé que ya no bebías alcohol.

– Gemma ya es mayorcita. Puede tomar lo que quiera – intervino el francés.

– Le dije que se alejara de ella – le recordó Angelo –. No, déjelo, da igual. He cambiado de opinión. Haz lo que te dé la gana, Gemma. Bebe todo lo que quieras – añadió, antes de darse la vuelta.

No había cambiado en absoluto. Y cuanto antes dejase de pensar en ella, mejor.

– ¡Angelo! – lo llamó ella cuando estaba en el vestíbulo.

– ¿Qué?

– Quiero explicarte por qué estaba tomando una copa con Jean-Paul.

– Puedes beber con quien te dé la gana.

– Quería averiguar algo sobre lo que pasó cuando me fui de aquí...

– Olvídate del dinero. Ha desaparecido. Tienes deudas, ¿y qué? Todo el mundo las tiene. Eres joven, podrás pagarlas – le espetó Angelo –. En la cama, si es necesario.

La expresión de Gemma cambió por completo. Angelo vio un brillo de furia en sus ojos antes de que levantase la mano y tuvo tiempo de apartarse para no recibir la bofetada. Pero un grupo de clientes que esperaba en el vestíbulo los miraba, perplejos.

Para no dar un escándalo, Angelo la tomó del brazo y la metió en uno de los ascensores.

– ¿Cómo te atreves a decir eso? – exclamó ella, mientras se cerraban las puertas.

– ¿Cómo me atrevo? ¿Quién sabe? Quizá podrías convencerme para que volviese contigo si fueras muy, muy buena. A lo mejor yo podría ayudarte a pagar tus deudas.

– No me acostaría contigo aunque fueras...

– ¿El último neandertal en la tierra? Lo has hecho antes, Gemma. ¿Por qué tantos escrúpulos de repente? – Angelo la tomó por la cintura y buscó sus labios. Cuando introdujo la lengua en su boca sintió que ella se rendía y una familiar excitación empezó a recorrerlo.

¿Cómo podía haber olvidado lo suave que era su piel, lo rojo que era su pelo? ¿O los suaves gemidos que emitía cuando la besaba? No recordaba nada de eso... no recordaba que supiera tan bien.

Quizá también él sufría amnesia.

Angelo deslizó las manos por su espalda hasta agarrar sus nalgas, apretándola contra él. Y Gemma no protestó; todo lo contrario. Se puso de puntillas, derritiéndose contra su torso como si se hubiera rendido.

Angelo sintió la tentación de desabrochar el lazo que sujetaba el vestido y meter la mano entre sus piernas. Quería comprobar si estaba suficientemente húmeda para recibirlo, para deslizarse en su interior sin esperar más. Sólo saber que estaban en un ascensor lo detuvo.

Un ascensor. Demonios. Con lo enfadada que estaba, Gemma le daría un bofetón. No, sería mejor ir despacio, se dijo.

Sin decir una palabra, deslizó las manos apasionadamente por sus costados, notando la forma de sus costillas, la tira del tanga que no podría ocultar nada. Gemma dio un paso adelante, arqueándose hacia él, y Angelo aprovechó para volver a introducir la lengua en su boca mientras empujaba hacia delante para hacerla sentir su erección.

Pero el ascensor se detuvo de repente.

—Si sigues así, olvidaré mis buenas intenciones. Vamos a mi suite, Gemma. Tres pasos y estaremos en el salón. Tres minutos y los dos podemos estar desnudos. ¿Eso es lo que quieres?

—No —contestó ella—. No quiero eso... ¿Qué estoy haciendo, Dios mío?

Angelo la tomó por los hombros para sacarla del ascensor.

—Lo que hemos hecho muchas otras veces. Sí, ya sé que no te acuerdas. Pero eso da igual.

—No da igual...

—Voy a decirte una cosa. Es mejor ahora que en el pasado —la interrumpió él—. Es más... no sé, no puedo explicarlo. Pero no me canso de ti. De tu sabor, de tu cuerpo apretado contra el mío. Te deseo, Gemma.

—Me da igual. No puedo...

—¿Por qué? Sé que tú también me deseas.

—Qué arrogante.

Aunque era cierto. Lo deseaba. Pero le daba miedo decirle que sí.

—No puedo hacer el amor contigo hasta que recupere la memoria. ¿Quién sabe? Podría haber otro hombre en mi vida...

—¿Alguien tan importante que no te acuerdas de él? ¿Alguien como Jean-Paul Moreau?

Gemma apretó los dientes.

—Buenas noches, Angelo. Me voy a la cama. Sola.

## Capítulo 6

El sonido del teléfono despertó a Gemma. Había pensado dormir hasta tarde ese jueves, su día libre, pero sus planes se fueron por la ventana cuando Mark Lyme, el gerente del teatro, le contó que Lucie tenía un virus estomacal.

Inmediatamente, Gemma se ofreció para ocupar su sitio y quedó con Mark para decidir la hora del ensayo.

El bar Dionisio era muy diferente al teatro Electra, y hacía años que no pisaba el escenario de un sitio así. Además, tenía que trabajar con un compañero, Denny, otro cómico como Lucie.

Gemma vio a Angelo al fondo del bar. Estaba esperándola y, sin saber cómo, se encontró aceptando su invitación para cenar. Al principio temía que quisiera besarla otra vez, seducirla, pero sus preocupaciones eran infundadas. Angelo se comportó como un caballero.

En la cama esa noche, Gemma se tapó los ojos con la mano. Estaba tan confusa. ¿Quién era Angelo Apollonides?

El viernes, Lucie seguía enferma y el médico le ordenó que siguiera en la cama.

Gemma y Denny volvieron a ensayar para ver si podían pulir un poco el número. Durante un descanso, encontró a Angelo a su lado, con dos vasos de plástico en la mano.

— ¿Un café? Supongo que te irá bien.

— ¿No hay un dicho sobre no confiar en un griego que te ofrece un regalo?

— No es un regalo. Más bien una disculpa.

— ¿Una disculpa?

— Por mi comportamiento de la otra noche. Debería haberte pedido disculpas ayer, mientras cenábamos... y no lo hice.

— Ya veo.

— La verdad, me tienes confundido.

— ¿Ah, sí? — murmuró Gemma, apartando la mirada.

— Pienso que has cambiado, pero entonces ocurre algo... te encuentro tomando una copa con Jean-Paul Moreau cuando me habías dicho que te ibas a dormir...

— Ya te expliqué por qué estaba con él.

Angelo la miró, pensativo.

— ¿Has cambiado, Gemma? No, déjalo, es una pregunta absurda. Vamos a sentarnos un momento.

En ese instante sonó el móvil de Angelo, que hizo un gesto de disculpa.

— Perdona, es mi madre...

Se dio la vuelta para hablar, pero aunque Gemma no entendía lo que decía, se daba cuenta de que hablaba en un tono muy cariñoso. Increíblemente cariñoso.

–Para ser un playboy tienes muy buena relación con tu madre –bromeó después.

–Hasta los playboys tenemos corazón –sonrió él–. Y a pesar de lo que tú creas, la vida de mi madre no ha sido fácil. Se quedó embarazada cuando era muy joven y el tipo la abandonó. Nunca lo conocí.

El tipo, no «mi padre».

– Ah, no lo sabía.

– Hoy es mi cumpleaños, por cierto.

– Felicidades.

– Y la semana pasada fue mi santo. Mi madre me puso de nombre Angelo porque cuando nací parecía un ángel.

– ¿Y te han hecho muchos regalos? – rió Gemma.

– No, mis amigos me han llamado para felicitar me, pero nada más. Mi madre sí ha enviado un regalo... un pastel que me han hecho las vecinas.

Ella lo miró, atónita.

– ¿Un pastel que te han hecho las vecinas?

– Pues claro. Mi madre vive en un pueblo pequeño, y allí nos conocemos todos.

– No imaginaba que te gustaran los pasteles caseros.

– A mí siempre me han gustado. A ti no... decías que engordaban. De hecho, antes apenas comías. Ahora tienes más apetito. Y has dejado de tomar pastillas... Ahora que lo pienso, has engordado un poco. Y me parece muy bien. Estás más guapa.

Gemma tragó saliva.

– Tengo que irme... he de terminar el ensayo.

– Nos vemos después. Y no te preocupes, no intentaré seducirte hasta que recuperes la memoria... a menos que tú me lo pidas amablemente, claro.

Esa noche, Gemma y Denny hicieron su número en el bar Dionisio y, después, Gemma cumplió con su obligación en el teatro Electra. Cuando volvió a su habitación estaba agotada.

El golpecito en la puerta la pilló por sorpresa. Y más aún cuando Angelo empujó el picaporte y entró sin esperar que ella abriese.

– Pero bueno...

– Deberías cerrar con llave.

– Buenas noches, Angelo. ¿No deberías estar en el casino vigilando que la gente no haga trampas?

– No, tengo gente para eso. Pero seguro que tú no has cenado todavía.

– Pues... no, pero no tengo hambre. Estoy agotada.

– Tienes que comer algo.

– No pienso salir de mi habitación. Es muy tarde.

– ¿Quién ha dicho nada de salir? Podemos cenar aquí, en la cama, como en los viejos tiempos...

– Angelo...

– He pedido la cena al servicio de habitaciones. Todos tus favoritos: Bollinger, caviar, ostras... Y no puedes negarte, es mi cumpleaños.

Sus favoritos. Los favoritos de Mandy. De repente, el cansancio de Gemma desapareció.

– No, mira, prefiero cenar fuera.

– Demasiado tarde – sonrió Angelo cuando oyeron un golpecito en la puerta – . Aquí está la cena. Venga, relájate. No va a pasar nada hasta que recuperes la memoria. Te lo he prometido y yo siempre cumplo mis promesas.

Pero Gemma no. Porque no iba a recuperar la memoria. Maldición. ¿Desde cuándo empezaba a pensar que Angelo Apollonides era más honesto que ella?

Al final, la cena resultó ser muy divertida. Se sentaron en el saloncito y tomaron champán y caviar... con cubiertos de plástico.

Gemma se encontró riendo con algunas de las anécdotas que le contaba Angelo... y descubrió que le gustaba de verdad. Además, creía en su promesa de que no intentaría seducirla y consiguió relajarse un poco.

Después de tomar el pastel de chocolate que le habían enviado como regalo, Gemma le cantó el Cumpleaños Feliz. Y, por primera vez, vio que Angelo se mostraba tímido.

– Me gusta cómo llevas el pelo ahora – murmuró él, tomando la fotografía de Mandy – . Te la debiste de hacer... cuando nos conocíamos, ¿no?

Gemma tragó saliva. Estaba harta de las mentiras. Quería que aquella mascarada terminase de una vez.

– Me gustan los rizos más que el pelo liso.

¿Cómo podía no darse cuenta de que eran dos personas distintas? Mandy y ella eran gemelas, pero tenía que haber alguna diferencia. De repente, casi de forma perversa, quería que lo descubriese todo.

– Siempre he tenido el pelo rizado. Da menos trabajo.

– ¿Y por qué te lo alisabas?

Gemma se encogió de hombros.

– Porque era la moda, supongo.

– Y tú siempre haces lo que dicta la moda, claro.

– ¿Perdona?

Angelo estaba mirando la foto.

– ¿Son tus padres?

– Sí.

– Tu madre es muy guapa. Se parece a ti.

– Se llama Beth. Es muy simpática y muy sensata.

– Y tu padre parece orgulloso de ti. ¿A quién está sonriendo tu madre?

Gemma recordaba aquel día, el jardín de sus padres en Auckland, el olor de las rosas, la risa de Mandy...

– No me acuerdo.

– Ah, es verdad. Perdona, soy un idiota...

Estaba tan cerca que Gemma podía oler su piel y su colonia. Y algo más... la excitación de un hombre.

¡No! Nerviosa, dio un paso atrás y, sin darse cuenta, chocó contra una silla. Habría caído al suelo si Angelo no la hubiera sujetado.

– ¿Te has hecho daño?

– No, no, estoy bien...

Gemma tragó saliva. Parecía preocupado de verdad. Se había convencido de que el odio que sentía por él la ayudaría a rechazarlo, como si fuera un talismán contra el demonio.

¿Cómo iba a lidiar con un Angelo que empezaba a gustarle? Bajo ese exterior de play-boy había un hombre complejo, mucho más interesante que el frívolo que describían las revistas. Incluso empezaba a dudar que fuese el manipulador que Mandy había descrito.

– ¿De verdad estás bien?

– Sí, estoy bien. Un poco cansada.

Angelo entendió la indirecta, pero cuando se marchó, Gemma se sintió más sola que en toda su vida.

Gemma se sorprendió el sábado por la noche al verlo con un grupo de gente en el teatro. Tres mujeres, todas muy guapas, y dos hombres.

Y ninguno de ellos estaba cenando. Debían de haber ido sólo para oírla cantar, pensó.

Cuando llegó al camerino, Angelo estaba esperándola.

– Ven conmigo, quiero presentarte a una gente. Y así podrás cenar algo, además.

– Estoy cansada – protestó ella. Mentira. Estaba demasiado nerviosa.

Al final, lo convenció para que la dejara ducharse y cambiarse de ropa antes de reunirse con ellos. Eran los primos de Angelo: Zac Kyriakos, Tariq bin Rachid al Zayed y tres mujeres: la esposa de Zac, Pandora, la hermana de Zac, Katy, y su prima Stacy.

– Queríamos darle una sorpresa a Angelo – le explicó Zac –. Para celebrar su cumpleaños.

– Y debería darnos las gracias – añadió Pandora –. Me he atrevido a subir en un helicóptero sólo por él.

– Gracias por venir. A todos – rió Angelo.

La cena, estilo bufé, consistió en calamares, brocheta de langostinos, ostras, espárragos blancos, ensalada de pepino, todo tipo de pescados a la plancha...

– Bueno, vamos a brindar por Angelo – dijo Zac, levantando su copa –. Que cumplas muchos más y que todos lo veamos.

– Ahora lo que tienes que contarnos es para cuándo habrá otra boda en la familia – añadió Pandora.

Esa frase fue seguida por un largo silencio.

– A mí no me mires – intervino Tariq –. Ya sabes que yo no soy partidario del matrimonio – añadió, mirando a Gemma con cara de pocos amigos.

Gemma le devolvió la mirada sin entender. O, más bien, sin querer darse por enterada.

Después, sirvieron un pastel con velas para que Angelo las apagase y todos convencieron a Gemma para que volviese a cantar el *Cumpleaños Feliz*.

Más tarde, mientras Tariq y Angelo hablaban, Katy se acercó a ella para charlar un rato.

– ¿Por qué me ha mirado así Tariq? – le preguntó Gemma –. Parece que no le caigo muy bien.

– La suya fue una separación muy desagradable y creo que ahora desconfía de todas las mujeres – rió Katy –. Pero no te preocupes, tú nos gustas. Casi tanto como a Angelo. Si no, no te estaría contando esto.

– Pero yo no le gusto a Angelo – protestó Gemma.

– Sí, bueno, no voy a preguntar qué ocurrió entre vosotros en el pasado...

– Aunque esperamos que nos cuentes qué te hizo engañarlo con otro – intervino Pandora.

– ¡Pandora! Eso no es asunto nuestro – la regañó Katy.

Gemma miraba de una a otra, divertida.

– ¿Todo bien? – preguntó Angelo, acercándose.

– Sí, claro.

– Mis parientes pueden ser un poco pesados.

Pandora y Katy soltaron una carcajada.

– ¿Nosotros pesados? ¡Pero si somos lo mejor de la familia! – exclamó Katy.

Más tarde, Angelo la acompañó a su habitación. Hacía fresco, pero no tanto como para necesitar abrigo.

– Me parece que tu familia tiene una idea equivocada sobre nosotros.

– ¿Por qué dices eso?

– Tengo la impresión de que nos creen una pareja. Y a Katy no parecía preocuparle que hubiéramos roto hace tres años. Aunque he detectado ciertas reservas por parte de Tariq...

– Mi primo cree que volver contigo es una locura.

– ¿Habéis hablado de mí?

– Tariq ha hablado de ti. Cree que volverás a traicionarme, a romperme el corazón.

Gemma habría querido protestar. Negar que ella pudiera hacer tal cosa. Pero entonces recordó que ella no era Mandy. Y Mandy siempre había sido una coqueta, una rompecorazones.

– ¿Y tú qué le has dicho?

Entre las sombras, Gemma podía sentir la fuerza de su mirada.

– Que nunca te quise, de modo que nunca me rompiste el corazón. Y tampoco me lo romperías ahora.

## Capítulo 7

Angelo y su familia se fueron de Strathmos el domingo. Gemma oyó el ruido de las aspas del helicóptero sobre su cabeza a mediodía, pero no supo que Angelo se había ido hasta que encontró una nota en su camerino:

*Volveré el próximo domingo. Nos vemos entonces.*

Nada más. Ni siquiera estaba firmada. Pero supo sin ninguna duda de quién era.

Más tarde se enteró de que había ido a la isla de Kalos para mantener una reunión de negocios sobre la posibilidad de comprar otro hotel. Gemma había esperado sentirse aliviada por su ausencia, pero no fue así, todo lo contrario. Se sentía... sola.

Aunque Angelo le había confesado por la noche que nunca había querido a Mandy. Y, sin embargo, había mantenido una aventura con ella. Angelo Apollonides seguramente nunca amaría a nadie. Quizá era incapaz de hacerlo. Y debía recordar eso si no quería arriesgarse a que le rompiera el corazón.

Había fantaseado con la idea de demostrarle que era la mujer más sexy de la tierra y desdeñarlo después, cuando solicitase sus atenciones. En lugar de eso... no dejaba de preguntarse con quién estaría en aquel momento.

No se atrevía a seducirlo. Porque sospechaba que cuando hiciera el amor con él jamás podría darle la espalda; que estaría marcada como la mujer de Angelo Apollonides de por vida.

No, acostarse con Angelo no respondería ninguna de sus preguntas. Al contrario. Mandy había muerto y no podía traicionar la memoria de su hermana de esa manera. Ni arriesgar su corazón por un hombre que jamás sentiría nada por ella.

En una semana se iría de Strathmos y le diría adiós a Angelo para siempre. Strathmos no sería más que una isla exótica, un vago recuerdo.

El mundo de Angelo.

Al pensar eso sintió un vacío dentro de su pecho. Mordiéndose los labios para controlar las lágrimas de soledad que asomaban a sus ojos, decidió que volvería a Auckland y seguiría adelante con su vida como su madre le había aconsejado.

Quizá el calor de su familia y sus amigos podría consolarla. Aquella misma noche llamaría a su representante para pedirle que le buscara un trabajo donde fuera.

Había llegado el momento de dejar descansar a Mandy.

Con Lucie de vuelta en el trabajo el lunes, el horario de Gemma volvió a la normalidad. Sin embargo, se sentía inquieta. Y su humor se veía reflejado en el tiempo horrible que hacía en la isla. El viento y la lluvia golpeaban Strathmos, y Gemma se concentró en su trabajo, intentando olvidar todo lo demás.

Había pensado pasar el jueves, su día libre, haciendo *windsurf*. El día amaneció claro y soleado, con suficiente viento como para volar sobre las olas, pero Gemma no podía poner el corazón en ello y, media hora después, decidió volver a la playa.

Echaba de menos a Angelo.

Intentando controlar tan traidores pensamientos, pasó la tarde ayudando a los empleados del hotel a poner el árbol de Navidad.

Le resultaba agríndice colgar los adornos porque su familia evitaba esas fiestas... el día de Navidad se había convertido en un día de luto para ellos.

Mientras estaba colgando una bola plateada en una de las ramas, sonó su móvil. Era Angelo.

Inmediatamente, su pulso se aceleró. El árbol le pareció más verde, las luces más brillantes. Por primera vez desde que Angelo se marchó de Strathmos, se sentía viva.

—¿Me echas de menos? —le preguntó él.

—Claro que no —mintió Gemma—. He estado demasiado ocupada como para pensar en ti.

Luego le contó que hacía un tiempo horrible, y Angelo rió cuando le dijo que no era así como ella esperaba pasar dos semanas en una isla griega.

—Pues en Navidad no dejaré de llover.

—Oh, no. Ahora entiendo que los turistas de la época de tu abuelo sólo vinieran en verano. Y entiendo también por qué ahora hay un casino, bares, piscinas climatizadas... El hotel está lleno de gente.

—Me alegro —Angelo parecía distraído—. Volveré temprano el domingo. Suelo ir a misa por la mañana en la iglesia del pueblo. ¿Quieres ir conmigo?

¿Ir con Angelo a la iglesia? Era la idea más extraña del mundo.

—Sí, bueno... pero tengo que volver a tiempo para el ensayo.

Aunque sabía que estaba arriesgándose a que le rompiera el corazón, Gemma no podía decirle que no.

El domingo tardó lo que a Gemma le pareció un siglo en llegar. Estaba haciéndose un té, pensativa, cuando oyó un estruendo sobre su cabeza...

Corriendo, se asomó a la ventana y vio una enorme sombra en el cielo. ¡El helicóptero de Angelo!

Para cuando él fue a buscarla había conseguido controlar la ilusión que le hacía volver a verlo. Él llevaba un elegante traje de chaqueta, y ella un bonito vestido negro sin mangas, el pelo recogido en un moño.

—Estás muy guapa.

– Gracias.

Angelo no la besó, ni siquiera en la mejilla. Pero la miraba con una expresión indescifrable que aceleró su pulso hasta que, por fin, le ofreció su mano.

– Vamos.

Gemma la aceptó. Su mano era firme, cálida. Y el ritmo de su corazón empezó a recuperar la normalidad.

Cuando llegaron a la iglesia del pueblo, Gemma miró alrededor con interés. Había cientos de velas encendidas. En las paredes, santos con halos hechos de pan de oro miraban los viejos bancos de madera.

Después de la misa, la gente se congregó en pequeños grupos. Angelo fue saludado por todo el pueblo, pero la mantuvo a su lado, el brazo en su cintura. Gemma pensó en aquella contradicción: el elegante hotel y la pequeña iglesia de pueblo... ¿habría visto Mandy aquella faceta de Angelo Apollonides?

– ¿He estado aquí antes?

– Te pedí que vinieras conmigo varias veces, pero tú no quisiste.

De modo que Mandy nunca había ido con él a la iglesia... A su hermana le gustaba acostarse tarde y levantarse aún más tarde, de modo que era lógico.

– ¿Sueles venir todos los domingos?

– Sí. Me bautizaron aquí.

– Ah, no lo sabía.

– No solíamos hablar de esas cosas. De hecho, nunca hablábamos del pasado o de nuestras familias. Hemos hablado más en estos días que en todos los meses que estuvimos juntos.

Gemma asintió con la cabeza. Esas charlas terminarían. El martes tendría lugar su última actuación y después se marcharía de la isla. Para siempre.

– ¿Estudiaste aquí, en Strathmos?

– No, tuve una nurse, una niñera.

– ¿Ah, sí?

– Y luego me marché a Inglaterra, a los diez años.

Eso explicaba que hablase su idioma a la perfección, sin el menor acento.

– Mi madre pensó que era lo mejor. Y mi abuelo no pudo convencerla.

– ¿Y qué tal lo pasaste en Inglaterra?

– Al principio mal. Estaba muy lejos de Grecia y no hablaba bien el idioma... Me sentía solo y quería volver a casa.

– ¿Aquí?

– No, aquí no – contestó él, apartando la mirada.

Algo en su tono de voz hizo que Gemma no siguiera preguntando. Había tantas cosas sobre Angelo Apollonides que seguía sin saber... Y ya era demasiado tarde para averiguarlas.

Cuando volvieron al hotel, Mark le pidió que lo ayudase con el ensayo del espectáculo de Navidad. Aunque ella no estaría en Strathmos para entonces. La noche siguiente sería su última aparición en el teatro Electra. En un par de días estaría de vuelta en Auckland... para reunir las piezas de su vida.

— ¡Gemma!

Cuando se volvió, Mark y Lucie estaban mirándola con una expresión extraña.

— ¿Sí?

— Despierta, mujer. Parece que estás soñando.

— Ah, perdón, es que estaba... se me había ido el santo al cielo.

— Tenemos que ensayar la canción de Navidad... — siguió diciendo Lucie.

— Gemma no estará aquí en Navidad — la interrumpió Angelo, que acababa de entrar —. Cantará Stella Argyris. Pero le he pedido a Gemma que ensaye por ella.

— Ah, yo conozco a Stella Argyris. Trabajé con ella una vez — dijo Lucie en voz baja —. Menuda es. En cuanto vea a Angelo querrá clavarle sus garras.

— Calla, Lucie. Angelo va a oírte.

— ¿Y qué?

— Mañana es mi último día y quiero marcharme de aquí sin discusiones.

— A juzgar por cómo te mira, yo diría que no vas a tener ningún problema.

— Bueno, venga, vamos a seguir ensayando.

Pero en cuanto empezaron a cantar *Silent Night*, Gemma supo que era un error. Aquel villancico tan antiguo, tan familiar, hacía que se le encogiese el corazón. Representaba todo lo que ella no tendría nunca, todo lo que su familia había perdido.

Angelo parecía haberse convertido en piedra. La miraba como si la estuviera viendo por primera vez.

Gemma bajó los ojos, su voz haciéndose más ronca, más profunda. Cuando llegó la última estrofa, tenía que hacer un esfuerzo para no romper a llorar.

Todos se quedaron en silencio.

— Qué bonito — murmuró Lucie, asombrada.

Mark empezó a aplaudir y, uno por uno, todos los demás se unieron al aplauso. Sólo Angelo permanecía inmóvil. Gemma empezó a sentirse un poco ridícula, de modo que bajó del escenario haciendo bromas.

Por fin, Angelo se acercó a ella.

– Has cantado como un ángel.

– Me gusta mucho ese villancico.

– Te he oído cantar muchas veces, pero esto... no sé, ha sido maravilloso. Y pensar que yo no sabía que tuvieras esa voz. ¿Cómo es posible que no me lo contaras, Gemma?

Ella apretó los labios. La magia había desaparecido. Era Gemma Alien, no la Gemma que Angelo creía, sino otra persona. Y las mentiras que había contado empezaban a escapársele de las manos.

Angelo y Gemma comieron juntos y luego fueron a navegar un rato en su catamarán. La tarde pasó entre risas y bromas.

Esa noche, el aplauso después del espectáculo fue abrumador, mucho más que otras veces. Gemma sabía que el público sentía la energía y la emoción de aquel día pasado con Angelo.

Pero también sabía que aquello no podía durar, que terminaría pronto. Sin embargo, cuando Angelo la invitó a tomar algo en su suite, decidió aceptar. Quizá como despedida. Era su última oportunidad de pasar un rato con Angelo en la burbuja que ella misma había creado.

Durante la cena charlaron sobre muchas cosas, las velas de la mesa creando un halo dorado a su alrededor. Pero detrás de esas palabras mundanas algo vibraba entre ellos, una fuerza inexorable. Y Gemma sabía que Angelo lo sentía también.

– No te he ayudado a recuperar la memoria, ¿verdad? Tu regreso a Strathmos no ha servido de nada.

Debería confesarle la verdad, pensó Gemma. Pero no lo hizo. No quería extinguir el brillo de sus ojos, un brillo que parecía existir sólo para ella. Quería disfrutar aunque sólo fuese unas horas. Cuando la burbuja se rompiera, no habría vuelta atrás.

– No, no ha sido en vano. El trabajo ha sido estupendo. Y te he conocido a ti... otra vez.

Angelo se levantó y le ofreció su mano.

– Ven aquí.

Gemma sabía lo que le estaba pidiendo. Si le daba la mano, todo cambiaría. Si le decía que sí... tendría que aceptar que ya no creía que hubiese destruido a Mandy.

Que no era el canalla que su hermana había pintado. Que, por alguna razón, Mandy había mentido.

– Ven – repitió Angelo.

Lentamente, Gemma se levantó. Él la llevó al sofá y la sentó sobre sus rodillas.

Angelo deseaba verla sonreír de nuevo, borrar aquellas sombras de sus ojos, deseaba tocarla...

¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo podía haber olvidado su traición? Pero la única verdad era que la semana que había pasado fuera de Strathmos había sido una tortura.

—Pídeme que te haga el amor —dijo en voz baja—. Para que no tenga que romper la promesa que te hice.

La observó tragar saliva. Y cuando la miró a los ojos vio en ellos el mismo deseo que debía haber en los suyos.

—Hazme el amor, Angelo.

Algo parecido a un río de lava empezó a moverse dentro de su pecho. Inclinandose hacia delante, Angelo buscó sus labios de seda. Era tan suave, tan dulce.

Se besaron durante largo rato y después, sin decir nada, él empezó a desabrochar su vestido. No llevaba sujetador, y una sola mirada reveló unos pechos altos, firmes, con pezones oscuros...

Angelo inclinó la cabeza y buscó uno con los labios. El pezón se endureció inmediatamente al contacto de su lengua y, cuando empezó a tirar de él, Gemma cerró los ojos y tomó su cara entre las manos, como para que no la soltase. Angelo aprovechó para quitarle el vestido y deslizar las manos por su espalda, por sus nalgas, metiendo una bajo el tanga.

Estaba húmeda y la penetró con los dedos sin esfuerzo alguno. Sabía por sus jadeos que estaba excitada, que lo deseaba tanto como él.

Mientras metía y sacaba los dedos, tiraba con los labios del pezón hasta que ella dejó escapar un gemido de placer.

—Angelo...

Antes de que él pudiera objetar, Gemma se puso de rodillas entre sus piernas. Pero cuando vio que iba a desabrochar su cinturón, sujetó sus manos.

—No.

—Sí.

—No —repitió él. Tenía la sensación de que si dejaba que pasara aquello su mundo no volvería a ser el mismo. Que estaba a punto de descubrir un universo nuevo.

Y no podía hacer nada para evitarlo.

Gemma bajó la cremallera del pantalón y lo sacó, duro y potente.

—Gemma...

Ella empezó a acariciarlo y, rindiéndose, Angelo apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Pero cuando sintió el calor de su boca, intentó apartarla de nuevo.

—¡Gemma!

Estaba chupándolo, llevándolo al fondo de un oscuro y desconocido precipicio donde no pudo aguantar más. Veía sombras ante sus párpados mientras se convulsionaba una y otra vez, atrapado en un placer que iba más allá de lo que nunca hubiera imaginado.

## Capítulo 8

Angelo llevó a Gemma al dormitorio y la tumbó sobre la cama.

– Ahora me toca a mí.

Le quitó el tanga y empezó a acariciarla con unos dedos que parecían tener un toque mágico. Una tensión nueva empezó a crecer en el vientre de Gemma. Cuando se movió, la seda de la colcha creaba una deliciosa fricción contra su espalda, contra sus muslos.

Angelo tocó el diminuto botón en el centro de su ser, y ella abrió aún más las piernas, dejando escapar un suspiro de placer. Él movía los dedos y se quedaba sin aliento. Cerrando los ojos, decidió olvidarse de todo. No existía nada más que aquella habitación, aquel hombre... aquellas caricias.

Y entonces sintió el calor de su boca, de su lengua. Angelo volvió a lamerla, y Gemma tomó su cabeza entre las manos.

– Quiero más...

Él debió de haberla entendido porque un segundo después oía cómo rasgaba un paquetito que había sacado de la mesilla. Enseguida se colocó encima, el torso cubierto de sudor contra sus pechos hinchados, besándola de forma tan apasionada que Gemma empezó a levantar las caderas, impaciente.

Angelo se movió. Podía sentir la punta de su erección deslizándose sobre ella. Estaba preparada.

Él empujó un poco y se deslizó en su interior por completo. Gemma dejó escapar un gemido, un sonido primitivo, extraño incluso a sus oídos. Luego enredó las piernas en su cintura, apretándose contra él todo lo que le era posible.

Durante un momento, Angelo se quedó parado, llenándola por completo. Pero enseguida se apartó un poco y volvió a hundirse en ella. La fricción era intensa, el ritmo aumentaba poco a poco.

Gemma cerró los ojos, concentrándose en esa fricción, la sensación viajando desde su vientre hasta sus piernas, sus pechos, su lengua...

Hubo un momento de oscuridad, el mundo se volvió negro y, de repente, estaba temblando en medio de la luz.

Angelo dejó escapar una especie de rugido, y Gemma lo sintió latiendo dentro de ella.

– Nunca había sido así – dijo con voz ronca –. Nunca.

La luz desapareció, y Gemma sintió un escalofrío de aprensión.

Era su última actuación, su último día en Strathmos. Gemma llevaba un vestido negro de lentejuelas que hacía que su pelo pareciese más rojo que nunca. El escote

revelaba un bronceado cuidadosamente conseguido, y se había tomado su tiempo con el maquillaje. Cuando terminó, sabía que estaba más guapa que nunca.

Mientras estaba en el escenario miraba de un lado a otro, pero no veía a Angelo. Por fin, dejó de buscarlo y se concentró en la canción, pero había perdido algo de lustre.

Gemma salió del escenario con el corazón encogido. Su tiempo en Strathmos había terminado. Y Angelo había desaparecido.

Pero cuando entró en su camerino lo encontró esperándola, tumbado en el sofá.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote. Desde esta mañana ha sido imposible encontrarte. Y no pienso dejar que te escapes esta noche.

La noche anterior había sido tan especial que Gemma no había querido verlo por la mañana. Necesitaba estar sola para entender lo que había pasado.

—No voy a escaparme.

Tenían que hablar. Angelo se pondría furioso con ella, pero...

—¿Quieres que cenemos juntos?

—En cualquier sitio... menos en tu suite.

No quería hacer el amor. Eso la distraería, y lo que tenía que decirle era demasiado importante.

—*Endaxi* —sonrió Angelo—. Muy bien.

La llevó al Vellocino De Oro, un restaurante decorado con murales de Jasón y los argonautas. Aunque también había una mujer de largos cabellos que debía de ser Medea.

—Era un peligro Medea. Una bruja, una hechicera.

—Sí, bueno, pero Jasón no se portó nada bien con ella —sonrió Gemma—. Medea lo ayudó a recuperar el vellocino de oro y, a cambio, él la llevó de vuelta a Corinto y se casó con ella. Pero luego decidió que era demasiado difícil estar casado con una mujer que era una bruja... y una extranjera, además. Así que decidió dejarla y casarse con otra.

—Pero Medea tenía otro plan —sonrió Angelo—. Veo que conoces bien la mitología griega.

—Mi padre es experto en los clásicos. Crecí rodeada por los antiguos mitos romanos y griegos.

Él la miró, sorprendido.

—No me lo habías contado.

—Sí, bueno, parece que no te había contado nada de mi vida.

– ¿Y por qué terminaste siendo cantante?

– Mi madre toca el piano razonablemente bien, así que me enseñó a tocarlo cuando era niña. Me gustaba mucho cantar, de modo que empecé a tomar clases...

– Y lo de bailar... ¿qué decía tu madre sobre eso?

Gemma respiró profundamente. ¿Debía contárselo? Angelo estaba sonriendo de una forma tan encantadora. No, lo haría más tarde.

– En realidad, mi madre es responsable de eso también. Fue bailarina profesional de ballet y tuvo una academia durante muchos años. ¿Y tú? ¿Cuándo decidiste qué querías ser en la vida?

– Cuando cumplí trece años mi abuelo me llevó a comer y me dijo que un día heredaría su cadena de hoteles y que debía prepararme para dirigirlos. Mi primo Zac heredaría la empresa naviera Kyriakos, y Tariq, las refinerías de petróleo...

– No sabía que tu familia poseyera todo eso.

– ¿No?

– Bueno... no me acuerdo – Gemma carraspeó.

– Mi abuelo me prometió también que heredaría las tres islas que le pertenecían: Strathmos, Kalos y Dellinos. Pasé los primeros cinco años de mi vida en Strathmos, así que es la isla que mejor conozco. Intenté aprender todo lo que pude sobre el negocio...

Siguieron charlando durante la cena y, después, Angelo la acompañó a su habitación. El corazón de Gemma latía dentro de su pecho.

– ¿Quieres un café?

– ¿Por qué no? – sonrió él. Gemma se calmó un poco, pero el nerviosismo reapareció cuando Angelo volvió a mirar la fotografía de su hermana –. Sin azúcar, ¿verdad?

– Sí, gracias. ¿Cuándo piensas marcharte?

– Mañana. Pasaré un par de días en Atenas y luego tomaré un avión para Auckland.

– Es demasiado pronto, ¿no?

«Díselo. Díselo ahora».

– No voy a acostarme contigo.

– ¿Quién ha dicho nada de acostarse? Es muy temprano – rió él, tomándola por la cintura –. Sólo quiero un beso.

Un beso, un beso de despedida. Gemma se echó en sus brazos y fue como llegar a casa. Y eso creó en su interior una extraña mezcla de emociones: culpa, confusión, remordimiento y rabia por no haberlo conocido antes que Mandy.

– Tengo que irme a Kalos mañana – dijo Angelo entonces –. Ven conmigo. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

– Pero...

– Quiero estar contigo... y no me refiero sólo a la cama.

Había un brillo de sorpresa en sus ojos, y Gemma supo que Angelo sentía lo mismo que ella. Había un lazo entre los dos que ninguno quería romper, un lazo que la obligaba a reevaluar quién era y qué quería de la vida.

– Muy bien. Iré contigo.

Los ojos de Angelo se iluminaron.

– No lo lamentarás.

Gemma lo miró, incrédula. Claro que iba a lamentarlo. Pero no podía dejar pasar la oportunidad de estar unos días más con él.

La Caverna de Poseidón, el hotel de Kalos, era sencillamente magnífico. En el centro del vestíbulo había un gigantesco tanque de cristal lleno de peces que nadaban tranquilamente de un lado a otro.

– Es precioso. Nunca había visto nada así.

– Pero has estado aquí antes. ¿No recuerdas nada?

– No – contestó Gemma, apartando la mirada. Odiaba la red de mentiras en la que estaba metida.

– No te preocupes. Más tarde te enseñaré el resto del hotel. Hay un restaurante con una fabulosa vista del tanque. Además del teatro y el cine, también hay un parque acuático con tiburones y todo...

Gemma lo oía hablar, pero no dejaba de pensar en su problema. Una semana, se dijo. Pasaría una semana con él y luego se lo diría.

Esa noche le hizo el amor con el fervor de los condenados. Después, Angelo la miró a los ojos con cara de sorpresa.

Cuando desapareció a la mañana siguiente para ir a una reunión, Gemma pasó un par de horas examinando las criaturas marinas que nadaban en el tanque y leyendo las plaquitas informativas. Más tarde decidió ir a la piscina climatizada, donde tuvo un encuentro inesperado. Jean-Paul Moreau al lado de una rubia.

– *Chérie* – la saludó él alegremente –. ¿Apollonides te ha permitido salir de tu jaula?

– Yo nunca he estado en una jaula – replicó ella –. Pero veo que tú estás muy bien acompañado.

– No es nadie. La dejaría ahora mismo si tú mostrases algún interés.

– Eres perverso – dijo Gemma.

– Y me gusta hacer cosas perversas, ¿recuerdas?

– No, no quiero recordar.

– Ah, claro, el tiburón grande paga mejor. Te entiendo. Ven, vamos a charlar un rato –sonrió Jean-Paul, llevándola aparte–. Ahora vuelvo, *chérie* –le dijo a la rubia.

Gemma no quería charlar con aquel hombre, pero necesitaba averiguar algo sobre Mandy y, si Angelo no había tenido nada que ver con su muerte, quizá Jean-Paul...

– Me temo que Apollonides aparecerá de un momento a otro y no le gustará nada verte conmigo.

– Angelo no es mi dueño –contestó ella.

– Si paga tus facturas, es tu dueño, *chérie*. Así es como piensa un hombre.

– Qué horror –murmuró Gemma–. Pero hablando de facturas... después de mi último encuentro contigo hace tres años, mi tarjeta de crédito sufrió un daño inesperado. Supongo que debí de jugar más de lo que tenía...

– ¿Ahora lo llamas jugar? –rió él.

– ¿Y cómo lo llamarías tú?

– *Chérie*, será mejor no decir nada. A Apollonides no le haría ninguna gracia conocer tu pequeño «hábito».

De modo que Angelo no lo sabía...

– ¿Y tú tenías ese mismo hábito?

Jean-Paul la miró con gesto de recelo.

– ¿Por qué me haces esas preguntas? –murmuró, alargando una mano para abrir su camisa...

– ¿Qué haces? ¡No me toques!

– Ah, perdona, pensé... no importa, da igual.

Pero Gemma acababa de entender.

– Fuiste tú. ¡Tú la metiste en el mundo de la droga!

– ¿Cómo que la metí? ¿A quién te refieres? ¿Y por qué hablas de drogas? –preguntó Jean-Paul, mirando alrededor.

– Tú eras quien la abastecía de drogas.

– Pero *chérie*, tú sabes que...

– Yo no sé nada. Tuve un accidente y perdí la memoria. Y no te preocupes, no llevo un micrófono oculto. No tengo nada que ver con la policía.

– Puedes decir lo que quieras, yo lo negaré todo. Eres una tonta por meterte donde no te llaman. Tienes a Apollonides comiendo de la palma de tu mano... la verdad, pensé que jamás volvería a acostarse contigo después de lo que pasó. Debe de estar loco por ti. Qué curioso, nunca pensé que fueras tan especial para él.

A Gemma se le encogió el estómago.

«Oh, Mandy, ¿cómo pudiste...?».

Pero las palabras de Jean-Paul lo dejaban claro: Mandy había dejado a Angelo por el francés. Y, según él, había habido otros hombres. Y Angelo la creía Mandy...

Todo aquello era culpa suya. Cuando llegó a Strathmos, Angelo le importaba un bledo. Sólo quería saber qué le había pasado a su hermana y si era él quien la había metido en el mundo de la droga.

Pero estaba equivocada.

No era Angelo, sino Jean-Paul. Fue Jean-Paul quien mató a Mandy. Aquel hombre repugnante que la miraba con una sonrisa en los labios...

Tenía que alejarse de él.

Murmurando algo ininteligible, Gemma salió de la piscina, desesperada por encontrar un sitio en el que estar a solas.

Pero había algo dando vueltas en su cabeza: ¿cómo iba a contarle a Angelo la verdad?

## Capítulo 9

Angelo estaba estrechando la mano de Basil Makrides.

– Me alegra que esté satisfecho con nuestro acuerdo.

El hombre asintió con la cabeza.

– Quiero pasar más tiempo con Daphne y con nuestros hijos. He pasado demasiado tiempo construyendo un imperio... demasiado tiempo.

Angelo conocía la trágica situación del hijo pequeño de Basil.

– Siento mucho lo de Chris. Espero que se recupere, de verdad.

El hombre dejó escapar un suspiro.

– Cuidaremos de él lo mejor posible. Por el momento, está recibiendo el mejor tratamiento que existe. Y Daphne y yo estaremos a su lado cuando salga de la clínica.

Angelo caminaba con paso alegre mientras iba a buscar a Gemma. Las negociaciones con Makrides habían durado mucho menos de lo que esperaba, y ahora poseía un grupo de pequeños pero exclusivos hoteles en Australia que pensaba convertir en los siguientes en la lista de la cadena Poseidón.

Pero, por el momento, lo que le apetecía era tomarse un par de días libres con Gemma.

Aquella mujer lo volvía loco. Cada día lo intrigaba más. Gemma había cambiado por completo, y tenía una conexión con ella que no había tenido nunca con otra mujer.

No quería pensar demasiado en lo que le estaba pasando. Sólo quería disfrutar de Gemma, de su compañía... y de su cuerpo.

Cuando la vio delante de él, con una toalla al hombro, apresuró el paso.

– ¡Gemma! – la llamó, tomándola del brazo –. Perdona, no quería asustarte – dijo después al ver su expresión.

– No, no... pensé que tenías una reunión.

– He terminado antes de lo que esperaba – sonrió Angelo.

Gemma se dio cuenta de cómo le gustaba su sonrisa. Y de que ella misma, sin darse cuenta, había empezado a sonreír a pesar de todo. Ése era el efecto que Angelo Apollonides ejercía en ella.

– Bueno, cuéntame qué ha pasado en esa reunión tan importante.

Angelo pensó que Gemma Alien era diferente a las demás mujeres que había conocido. Era tan transparente, tan cálida.

Gemma era única.

El día siguiente transcurrió con subidas de adrenalina, momentos de aprensión y una gran alegría por el simple hecho de estar con Angelo.

Por la mañana dieron de comer a los peces en el tanque del vestíbulo y luego fueron a dar un largo paseo por la isla. Después de comer, Gemma insistió en visitar el parque acuático. Protegida por el traje de neopreno, no sintió frío hasta varias horas después.

– Bueno, ya está bien. Tenemos invitados para cenar – rió Angelo –. Te gustarán, son los Makrides, buena gente.

De vuelta en la suite, Gemma se dio una ducha caliente para relajar los músculos y, después de secarse el pelo, se hizo un elegante moño alto, dejando algunos rizos sueltos.

Eligió un sencillo vestido sin mangas, se maquilló un poco, se puso unos aros de plata en las orejas y estaba lista para Angelo y sus invitados.

Entró bailando en el salón, pero el sonriente Angelo de antes había desaparecido.

– ¿Qué ocurre?

– ¿Por qué no me habías contado que habías visto a Jean-Paul Moreau en la piscina?

A Gemma se le encogió el corazón. Había querido olvidar su conversación con Jean-Paul. Y, si era sincera, tampoco había querido hablarle a Angelo de su encuentro con el francés.

– ¿No tienes nada que decir? ¿Sabías que Jean-Paul estaría aquí? ¿Es por eso por lo que decidiste venir?

– ¡No! Jean-Paul no significa nada para mí...

Quizá había llegado el momento de contarle la verdad, pensó. Si no lo hacía, él no dejaría de sospechar. Y no era justo. Pero cuando vio su amarga expresión supo que no habría perdón.

Era demasiado tarde.

Oyeron entonces la campanita del ascensor, y Angelo se dirigió al vestíbulo para recibir a sus invitados. Gemma dejó escapar un suspiro de alivio. Era una cobarde, desde luego. Pero no podía decirle nada ahora. Tendría que esperar a que los invitados se fueran.

Daphne y Basil Makrides eran una pareja reservada. Los dos parecían preocupados por algo, pero poco a poco se relajaron. Angelo, sin embargo, permaneció frío.

Dos camareros sirvieron los cócteles y una selección de entrantes. Gemma hablaba con Daphne sobre el hotel, sobre el parque acuático... pero la tensión que había entre Angelo y ella hacía que tuviese un nudo en el estómago. Cuando él fue a cambiar la música, se acercó y le habló en voz baja:

– De verdad no sabía que Jean-Paul estuviera aquí. No tenía ni idea.

– Quizá no fue un accidente por parte de Moreau.

– Cuando me lo encontré en la piscina estaba con una rubia, y sólo hablé con él un momento. No me apetecía nada estar con ese hombre.

Angelo dejó escapar un suspiro.

– Perdona. Creo que te he juzgado mal.

Había confusión en sus ojos. Y cierta vulnerabilidad que no había visto antes.

Había creído que iba a traicionarlo otra vez con Jean-Paul. Y era lógico. Tenía que decirle la verdad.

– No volveré a verlo, te lo prometo.

– Gracias. Hablaremos más tarde.

Sí, hablarían más tarde, pensó Gemma. Había mucho que decir. Y no iba a ser una conversación agradable.

– ¿Tienen hijos, Daphne? – preguntó Gemma cuando volvieron a la mesa.

Ella miró a su marido, incómoda.

– Sí, dos hijos, Chris y Marco – contestó por fin.

Gemma decidió cambiar de tema inmediatamente y, sin saber qué decir, empezó a hablar del tiempo. No sabía por qué, pero el tema de los hijos parecía ser delicado.

– Cada vez que intento hablar de Chris, la gente cambia de conversación – dijo Daphne entonces –. Es como si tuviera una enfermedad de la que nadie pudiese hablar.

– ¿Está enfermo? – preguntó Gemma.

– No, no está enfermo. Pero tiene un problema muy grave.

– Ah.

– Está en rehabilitación – dijo Daphne por fin –. En una clínica para drogadictos y alcohólicos. Es su tercer intento y esperamos que esta vez funcione.

– Lo siento mucho. No sabía nada.

– Nadie me deja hablar de él. Es como si Chris ya no existiera...

– A mí puede contarme lo que quiera, lo entiendo.

– ¿Cómo va a entenderlo? – le espetó Daphne, furiosa.

– Mi hermana murió de una sobredosis – dijo Gemma entonces.

La mujer se llevó una mano al corazón.

– Lo siento, perdona.

– No hay nada que perdonar. Lo peor fue no saber que era drogadicta hasta que ya era demasiado tarde – Gemma parpadeó para contener las lágrimas –. Los

últimos meses de su vida fueron horribles. Se estaba destruyendo delante de mis ojos y yo no me daba cuenta. Estaba tan furiosa con ella... ahora la echo mucho de menos.

—Hay veces que yo me enfado con Chris. Me gustaría darle una bofetada, preguntarle por qué me hace esto, por qué se lo hace a sí mismo. Y me pregunto qué hemos hecho mal Basil y yo. Le dimos todo lo que quería...

—No es culpa suya.

Daphne la miró, los ojos empañados, llenos de angustia.

—¿Usted cree?

—No puede culparse a sí misma —insistió Gemma—. Siempre intentamos culpar a otros en estas situaciones. Es natural intentar encontrar una excusa para las cosas terribles que pasan en la vida.

Ella había culpado a Angelo. De forma completamente injusta. No había sido culpa suya que Mandy muriese. No era el ogro que ella había imaginado.

Gemma lo miró. Estaba hablando con Basil y, como si hubiera intuido su mirada, giró la cabeza y sus ojos se encontraron. A Gemma se le paró un momento el corazón.

Y en ese momento se dio cuenta de que estaba enamorada de él.

—¿Las señoras quieren café? —preguntó Angelo, con una sonrisa en los labios.

Daphne y Gemma asintieron con la cabeza, cada una perdida en sus pensamientos.

Media hora después la cena había terminado, y Daphne abrazó a Gemma calurosamente.

—Gracias por compartir conmigo lo que sintió por la muerte de su hermana. Me ha ayudado más de lo que usted imagina. Al menos Chris está vivo, aún tiene una oportunidad de recuperarse. Y he tomado una decisión: voy a crear una fundación para advertir a los más jóvenes del peligro de las drogas. Basil ha hablado de ello muchas veces, pero yo estaba demasiado angustiada como para hacer nada.

Basil miró a Gemma, sorprendido. Estaba claro que el tema de Chris y su adicción era algo de lo que no solían hablar con nadie. Gemma, sin embargo, no se atrevió a mirar a Angelo.

Se decía a sí misma que no podía haber adivinado la verdad... ¿o sí?

Cuando se quedaron solos, Angelo no perdió un momento.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—Sí, la tuve. Pero murió.

—Pero me dijiste que eras hija única...

¿Mandy había negado su existencia? ¿Era eso lo que, secretamente, había deseado siempre su hermana? ¿Ser hija única, el centro de atención? ¿Se sentía engañada por tener que compartirlo todo con otra niña que era idéntica a ella?

– ¿Cómo se llamaba?

– Mandy –contestó ella.

– ¿Te duele hablar de tu hermana?

– Mucho.

– Lo siento.

La compasión que había en sus ojos aumentó su dolor. Lo quería. Y el engaño le dolía aún más por eso. ¿Cómo podía contarle la verdad? ¿Cómo iba a arriesgarse a que la odiara?

Angelo la abrazó, apoyando la cara en su pelo.

Gemma quería estar a su lado. Lo más cerca posible. Por última vez. Entonces se lo diría. Y todo habría terminado.

## Capítulo 10

En el dormitorio, se desnudaron a toda prisa y cayeron en la cama hechos un lío de brazos y piernas. Una lámpara en una esquina de la habitación, entre la cama y la pared, era la única iluminación.

—¿Cómo pude dejarte ir? —murmuró Angelo, acariciando la curva de sus caderas.

Un momento de angustia turbó la pasión del momento. Pensaba que era su hermana. Y ella tenía que contarle la verdad.

—Angelo...

Pero él estaba acariciando sus pechos, y Gemma sintió un escalofrío de placer. A partir de ese momento, no quiso recordar nada ni pensar en nada.

Angelo empezó a lamer su oscura aureola, y su vientre comenzó a arder. Gemma dejó escapar un grito cuando esa boca enloquecedora la devoró...

¿Qué tenía Angelo Apollonides que hacía desaparecer todas sus inhibiciones? Lo deseaba, sí... pero era algo más. Una sensación de que debían estar juntos, una comprensión total entre ellos que no había experimentado con nadie.

La abrumaba y la asustaba a la vez. Porque aquella relación no podría sobrevivir a lo que tenía que confesarle.

—¿En qué estás pensando?

—En nada —mintió ella.

—Entonces, intentaré darte algo en qué pensar —rió Angelo, acariciándola entre las piernas—. Estás temblando.

—Sí.

—¿Estás bien?

Gemma se pasó la punta de la lengua por los labios y Angelo perdió el control. Se colocó sobre ella, el torso sobre sus pechos, y se inclinó para buscar su boca.

Gemma abrió las piernas y levantó las caderas, buscándolo hasta que no quedaba espacio entre los dos.

Tan cerca, sus ojos eran dos pozos de deseo, y Angelo era consciente de su fuerza, del poder de sus brazos a cada lado de su cara, del peso de su torso rozando los pechos desnudos. Por contraste, ella era tan femenina...

Jadeando, levantó la cabeza y, apoyándose en un codo, se preparó a sí mismo con una mano, esperando no terminar antes de entrar en ella. Mientras envolvía su miembro con la funda de látex, Gemma se movió, impaciente.

Luego, cuando la penetró, ensanchándola, ella se quedó inmóvil. Angelo se dejó caer sobre su pecho con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, respirando la suave fragancia de su piel.

Gemma se movió un poco y sus músculos interiores se cerraron, apretándolo más, exigiendo una respuesta. Angelo notaba que estaba perdiendo el control y empezó a moverse, embistiéndola, llevándolos a los dos hacia un sitio que no habían conocido nunca.

El ritmo aumentaba, y aumentaba también la intensidad de las embestidas. La sujetó por las caderas, empujando con fuerza, Gemma haciéndose eco de su ferocidad.

Cuando creyó que no podía esperar más, cuando el placer era tan grande que pensó que iba a explotar si no terminaba, sintió que ella se contraía una, dos veces. Y eso fue suficiente para enviarlo hacia el precipicio, hacia la hoguera que amenazaba con consumirlo. Angelo se tumbó de lado y la apretó contra su corazón.

– Mírame.

Gemma evitaba su mirada, apoyando la cara en su torso, respirando su aroma masculino.

Estaba allí ahora. En su cama, en su vida. ¿Importaba quién creía que fuera? Pero ella lo amaba... ¿podía conservar ese secreto para siempre?

No. No quería vivir con un pasado que Mandy había ensuciado con su traición. Tenía que decírselo. Ahora. Mientras estaban inmersos en aquella especie de mundo mágico. Angelo lo entendería. Tenía que hacerlo.

Gemma intentó reunir valor para mirarlo a la cara; esa cara que había aprendido a amar.

– Oye, ven aquí, quiero abrazarte...

– Angelo... tengo que decirte algo.

– Dime. ¿Qué pasa?

Gemma se mordió los labios. ¿Por dónde empezar?

– Te dije que mi hermana había muerto...

– Sí, lo sé.

– Era mi hermana gemela.

– Lo siento. He oído que los gemelos tienen una conexión especial. ¿Has dicho que se llamaba Mandy?

– Así es. Murió el día de Navidad, hace tres años.

– ¿Hace tres años? – repitió Angelo.

– Sí. Mandy era... en fin, Mandy. Nos hacía reír a todos con sus cosas, le encantaba gastar bromas pesadas cuando éramos pequeñas. No le tenía miedo a nada.

Sí, Mandy tenía terror a no gustar a los demás. Siempre quería ser la primera en probarlo todo, la primera en decir palabrotas, en fumar.

– Cuando éramos pequeñas hacíamos teatrillos. Yo cantaba y ella bailaba.

– Ah, entonces las dos teníais talento. ¿A qué se dedicaba tu hermana?

Había llegado el momento de la verdad.

– Era bailarina. Bailarina exótica.

Angelo la miró, sin entender.

– ¿Las dos hacíais lo mismo? ¿Trabajasteis juntas alguna vez? Gemelas... supongo que podríais haber conseguido muchos contratos. ¿O no os parecíais?

– No nos parecíamos en nada... aunque físicamente éramos casi iguales.

– ¿Qué quieres decir?

– Que teníamos un carácter muy diferente, pero éramos gemelas idénticas – le confesó Gemma –. En el colegio los profesores nunca sabían quién era quién.

– Gemma...

– Yo no soy una bailarina exótica, no lo he sido nunca.

– No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

– Que tú conociste a Mandy, Angelo. Hace tres años...

– Yo conocí a Gemma – la interrumpió él –. ¿Quién demonios eres tú?

– Yo soy Gemma.

– Gemma trabajó para mí. Tengo una copia de su contrato y de su pasaporte...

– Mi hermana me robó el pasaporte – lo interrumpió ella entonces –. No tenía permiso de trabajo porque la detuvieron por robar en unos grandes almacenes. Lo pidió en el consulado, pero se lo denegaron, por eso robó mi pasaporte y mi documentación.

– Mírame. Quiero ver tu cara – dijo Angelo entonces, incorporándose –. Pero tú eres... ella.

– No, no lo soy.

Él la miraba sin entender. Sin poder creerlo.

– ¿Y por qué has venido aquí? ¿Por qué esta charada de hacerte pasar por tu hermana?

– Quería hablar contigo...

– ¿Y también habías planeado acostarte conmigo?

– No – contestó Gemma –. Al principio pensé tontamente que podría seducirte para despreciarte después, pero enseguida abandoné la idea. Creí que tú eras responsable por la muerte de mi hermana...

– ¿Yo?

– Sí, tú. Pero después de hablar con Jean-Paul...

– ¿Y la amnesia? – Angelo no la dejó terminar –. ¿Todo eso era mentira?

Gemma apartó la mirada.

– Me temo que sí. No hubo ningún accidente y no he sufrido amnesia en mi vida. No sé dónde fue Mandy cuando se marchó de Strathmos, no sé por qué volvió a casa convertida en una criatura patética. Murmuraba constantemente cosas sobre el hombre que la había engañado... y yo pensé que eras tú.

Angelo la miró, pensativo.

– Una vez pillé a tu hermana tomando cocaína en una fiesta y le dejé bien claro que no pensaba tolerarlo, que, si volvía a hacerlo, rompería con ella. Me dijo que había sido un error... que no lo había hecho nunca. Y yo la creí. Pero también sospechaba que tenía un problema con el alcohol.

– Sí, sé que bebía mucho.

– Una noche, en una fiesta, decidió quitarse la ropa para divertir a los invitados.

– Dios mío...

– Decía que había sido una simple borrachera, una noche loca. Que todo había sido una broma. Intenté romper con ella, pero me pidió perdón y me suplicó que le diera otra oportunidad –suspiró Angelo–. ¿Y tú pensabas que yo era responsable de su adicción? ¿Te lo dijo ella? ¿Mencionó mi nombre?

– No, sólo hablaba de un hombre que la había engañado, y como me había enviado un correo electrónico hablando de ti...

– ¿No le preguntaste el nombre de ese hombre?

– Cuando volvió a casa, ya no era mi hermana. Y poco después de llegar a Auckland tomó una sobredosis y murió.

– ¿Lo hizo a propósito?

– Eso pensé yo. Creí que la habías echado de tu lado después de meterla en el mundo de las drogas y que Mandy no podía vivir sin ti.

– Es lógico que me odiases entonces. Y es lógico que quisieras vengarte –suspiró Angelo–. ¿Pero te das cuenta de que te has puesto en peligro? ¿Y si yo hubiera sido la clase de hombre que sospechabas que era?

– Tenía que hacerlo, Angelo. Era mi hermana. Mi otra mitad –contestó Gemma. Pero entonces se dio cuenta de que eso no era verdad. Él era su otra mitad. El lazo, la empatía que había entre ellos era más fuerte que la que había habido nunca con su hermana –. Angelo, tenía que hacerlo...

– ¿Aunque tu hermana te mintió, te engañó, te robó? Mandy usó tu pasaporte y tu tarjeta de crédito, ¿no es verdad?

– Sí, claro. Pero, por lo que me has contado, las fechas coinciden con su salida de Strathmos. Debía de estar con ese Jean-Paul. Y él le vendía las drogas... prácticamente lo ha admitido esta mañana.

– ¿Jean-Paul Moreau es un traficante de drogas?

– Sí. ¿No lo sabías?

— ¿Cómo iba a saberlo? — murmuró Angelo, pasándose una mano por el pelo—. Pues no pienso tener un traficante en mi isla. Yo me encargaré de él. Pero tiene sentido... Si Mandy ya no tenía el dinero que yo le daba, debió de usar tu tarjeta de crédito... ¿Por qué no cancelaste la tarjeta al ver las cuentas que llegaban?

Gemma se encogió de hombros.

— Llevaba toda la vida cuidando de mi hermana, tapando sus errores, ayudándola... Además, no podía dejarla en un país extranjero sin dinero. Pero no sabía que lo usaba para comprar droga.

— Ya, claro — Angelo la miraba, incrédulo —. No puedo creer lo que has hecho.

— Lo siento, creí que era mi deber.

— Me decía a mí mismo que habías cambiado. Pensé que había encontrado a una mujer especial... única. Pero tú eres aún más engañosa que tu hermana. Tu engaño ha sido calculado, premeditado...

— Yo no quería hacerte daño...

— ¿No? — Angelo se levantó de la cama —. Encontraré otro sitio para pasar la noche. Pero quiero que te vayas. Y no vuelvas. No quiero volver a verte.

Por la mañana, Gemma estaba guardando sus cosas en la maleta, con el corazón en un puño. Pero tenía la sospecha de que ese dolor era merecido. No debería haber engañado a Angelo. O al menos debería haberle contado la verdad cuando empezó a sospechar que él no era responsable de la muerte de Mandy.

Había llamado a recepción para preguntar a qué hora salía el ferry y le habían dicho que en veinte minutos, de modo que no tenía tiempo de pensar. Si se daba prisa, pronto saldría de allí. Pronto estaría en su casa.

Angelo no había vuelto a la habitación. Ella había esperado, impaciente, pero no volvió.

El mensaje estaba claro: tenía que aceptar que todo había terminado. Angelo no quería volver a verla. Para él, su traición había sido peor que la de Mandy.

El vestíbulo de recepción estaba lleno de gente, y Gemma esperó en la puerta el autobús que la llevaría hasta el ferry. El mural del dios del sol conduciendo sus fieros caballos por el cielo hizo que se le formase un nudo en la garganta. Se había acercado demasiado al sol y se había quemado.

Pero sobreviviría.

— ¿Gemma?

Cuando se volvió, se llevó una desagradable sorpresa. Porque no era Angelo, sino Jean-Paul.

— ¿Qué?

— ¿Tú eres Gemma?

– Sí, claro.

– Pero no eres la mujer que yo conocí una vez... íntimamente.

Jean-Paul lo había entendido por fin.

– No.

– Eres idéntica a ella. Tenéis que ser gemelas.

– Eramos gemelas – replicó Gemma –. Mi hermana ha muerto. Y ha muerto por tu culpa.

Jean-Paul Moreau no pareció en absoluto afectado por la noticia.

– Si le dices algo a Apollonides, le contaré quién eres. Le diré que lo has engañado, que has estado riéndote de él a sus espaldas. Decías haber olvidado el pasado... así explicabas por qué no sabías cosas que deberías saber.

El conserje que había dicho que la avisaría cuando llegase el autobús estaba haciéndole señas, y Gemma asintió con la cabeza.

– Haz lo que quieras. Angelo ya lo sabe todo.

Y se alejó, dejando a Jean-Paúl Moreau, el canalla responsable de la muerte de su hermana, mirándola con expresión incrédula.

Desde la ventana, Angelo veía cómo se alejaba el ferry dejando una estela de espuma tras él. Apretando los dientes, metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Gemma se había ido.

El le había dicho que no quería volver a verla. Entonces, ¿por qué no se sentía aliviado? Todo lo contrario. No podía dejar de mirar el ferry... no pudo dejar de hacerlo hasta que desapareció de su vista.

Entonces vio un helicóptero de la policía dirigiéndose al helipuerto del hotel. Bien. La policía se había puesto en movimiento inmediatamente después de su llamada. Y Angelo estaba deseando que registrasen la habitación de Jean-Paul Moreau. Sospechaba que aquel hombre no volvería a pisar un hotel en mucho, mucho tiempo.

Como pasaría mucho tiempo hasta que él pudiese olvidar a Gemma.

## Capítulo 11

El tiempo en Auckland en diciembre era húmedo y desapacible. Gemma, que había salido de compras con su madre, entró corriendo en el baño sujetando en la mano la cajita que había comprado en la farmacia. En menos de cinco minutos tenía la respuesta que tanto había temido.

– Mamá. Me temo que tengo que darte una sorpresa.

– ¿Qué pasa, cariño?

– Estoy embarazada.

Su madre se llevó una mano al corazón.

– ¿Estás segura?

– Acabo de hacerme la prueba... – contestó Gemma, mostrándole el indicador.

– ¿Y quién es el padre?

– Mamá...

– ¿No quieres decírmelo?

– Lo haré cuando esté preparada – suspiró ella, abrazando a su madre –. No deberías ser tan comprensiva, mamá.

– ¿Cómo no voy a serlo? ¿Sabes de cuánto tiempo estás?

– No mucho. Sólo he tenido una falta. Por eso compré la prueba. Como siempre he sido tan regular...

– Tienes que ir al ginecólogo. Puede que no estés embarazada. A veces pasan esas cosas. Quizá tu cuerpo está raro después de un viaje tan largo.

– Llevo aquí dos semanas, mamá.

Beth Alien sacudió la cabeza.

– Pero si tomas la píldora es muy raro que estés embarazada.

– Es que no tomo la píldora. La dejé hace unos meses. No había nadie en mi vida, así que no tenía sentido tomarla. Pero él usó... bueno, ya sabes. No sé qué puede haber pasado. Iré al ginecólogo, pero dudo que eso vaya a cambiar nada.

– Cariño...

– Mamá, quizá debería decirte la verdad. El padre es...

– ¿Sí, cielo?

– Es Angelo Apollonides.

Su madre se llevó una mano a la boca.

– Dios mío... No pasa nada, cariño. Tu padre y yo te ayudaremos en todo, ya lo sabes.

—Lo sé, pero quiero que entendáis una cosa: Angelo no es el responsable de la muerte de Mandy. Fue otro hombre, Jean-Paul Moreau. Creo que Mandy estaba enamorada de él, y él la recompensó convirtiéndola en adicta a la cocaína. Espero que se quemara en el infierno.

Más tarde, Gemma volvió a su apartamento. Le resultaba extraño vivir en una ciudad grande después de haber vivido en una isla...

Mientras se preparaba un té, no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Su hijo, iba a tener un hijo con Angelo Apollonides... y tenía que decírselo. Tenía que hacerle saber que iba a ser padre. Era su obligación.

Macy, su representante, le había conseguido un contrato en Australia para los próximos tres meses. Y con el dinero que iban a pagarle podría cancelar la deuda de su tarjeta de crédito y ahorrar algo de dinero para cuando llegase el niño. Había sido algo inesperado... y fantástico.

Pero en cuanto a decirle a Angelo lo del embarazo, al final sus padres la convencieron de que sería más honesto decírselo cara a cara. Su padre se ofreció voluntario para ir con ella a Strathmos, pero Gemma insistió en que no hacía falta. Aunque se alegraba de verlo tan contento. Su embarazo había alegrado a su padre más que a nadie. Quizá porque era un poco como recuperar a Mandy...

Gemma había insistido en que viajar hasta Strathmos era un gasto que no podía permitirse por el momento, pero sus padres insistieron en pagarle el billete y, al final, no pudo negarse.

De modo que, una semana después, Gemma se encontró en la isla de Strathmos de nuevo. Había llamado antes para comprobar que Angelo estaría allí, claro. Y la primera persona a la que vio en cuanto llegó al hotel fue Lucie.

—¡Gemma... has vuelto!

—No para quedarme. Sólo he venido para hablar con Angelo.

—Está por ahí. Pero tienes que quedarte para ver el espectáculo de Navidad. Stella Argyris es insoportable...

Siguieron charlando durante un rato y, mientras lo hacían, Gemma miraba de un lado a otro.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Angelo?

—Antes lo he visto hablando con Mark en la puerta, pero no sé dónde puede estar ahora. Mira en el casino.

No lo encontró en el casino, ni el vestíbulo, ni el bar Dionisio. Gemma estaba a punto de subir a su suite cuando lo vio sentado en uno de los muchos cafés del hotel, con una mujer que hacía todo lo posible por llamar su atención: tocarse la melena, pestañear, sonreír invitadora mientras mostraba un escote de escándalo.

Y Angelo sonreía, encantado.

Gemma se dio la vuelta, con el corazón encogido. ¿Qué había esperado? Angelo Apollonides era un hombre muy atractivo, millonario, poderoso. Sin embargo, verlo con otra mujer le rompió el corazón. Cegada, salió prácticamente corriendo a la calle, el frío viento helando su cara.

Evidentemente, Angelo Apollonides tenía una nueva amante. Desde luego, no perdía el tiempo.

No podía hablar con él. No tenía sentido decirle que estaba embarazada. No, lo mejor sería volver a su casa...

Pero cuando se dio la vuelta, vio que Angelo se acercaba con expresión seria. ¿Por qué había vuelto a Strathmos?, se preguntó. ¿Qué había pensado conseguir con eso? Debería haberlo llamado por teléfono desde Auckland...

– Me había parecido que eras tú. ¿Qué quieres?

– He cometido un error. No debería haber venido.

– Entonces, ¿por qué estás aquí?

– Da igual. Ya no importa – suspiró Gemma.

– Algo te ha traído aquí. ¿Vas a decírmelo o no?

El tono antipático y la expresión severa hicieron que Gemma se diese la vuelta, indignada.

– Tenemos que hablar – insistió él, colocándose a su lado.

– No, no tenemos nada que hablar – replicó ella –. No hay nada que decir.

– Espera... – Angelo la tomó del brazo.

– ¡Suéltame!

– Querías verme, ¿no? Pues ya me estás viendo. Dime lo que tengas que decir.

– Ya no tengo nada que decirte, Angelo. He cambiado de opinión.

– Muy bien, entonces hablaré yo. Pero sugiero que lo hagamos en un sitio privado. En mi suite. A menos que quieras hacerlo en público...

– No, claro que no. No está bien que el jefe discuta con su antigua amante en público.

– A mí me da igual la gente – replicó Angelo –. Lo decía por ti.

Gemma lo pensó un momento y después asintió con la cabeza.

– Muy bien, hablemos – dijo en cuanto Angelo cerró la puerta de la suite.

Salvo por un árbol de Navidad adornado con bolas rojas y doradas, nada había cambiado. Gemma no sabía por qué había esperado que algo cambiase. Quizá porque todo había cambiado para ella.

Ahora estaba esperando un hijo suyo.

– Siéntate... por favor. Dime, ¿por qué has venido a verme?

Gemma se mordió los labios. No sabía cómo iba a reaccionar ante la noticia...

– Estoy embarazada.

Esperase lo que esperase, aquello lo pilló claramente por sorpresa.

– ¿Cómo has dicho?

– Que estoy embarazada – repitió ella.

– Estás embarazada. ¿Lo has hecho a propósito?

## Capítulo 12

—¿Qué? —exclamó Gemma, incrédula.

Las facciones de Angelo podían haber estado esculpidas en mármol.

—¿Ésta es tu venganza? ¿Tu manera de castigarme porque pensabas que yo era el causante de la muerte de tu hermana? ¿Lo habías planeado desde el principio?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué dejaste que te hiciera el amor sabiendo que yo te creía Mandy?

Aquella era una pregunta que Gemma no podía contestar sin confesarle la verdad: que estaba enamorada de él. Que lo había estado desde el principio.

—Porque... me gustabas. Me gustabas más de lo que me había gustado nunca un hombre.

—¿Ésa es la única razón?

—Sí, la única.

—Porque te gustaba. Nada más.

—Bueno, ésa es la razón por la que tú te acostaste conmigo, ¿no?

—Es posible. O no. Quizá pensé que había encontrado a la mujer de mis sueños —replicó Angelo, irónico.

—Mira, yo sólo quería decirte que estoy embarazada. Me pareció lo más correcto. Pero si no quieres, ni siquiera le pondré al niño tu apellido.

—¿Por qué no?

—¿Quieres que lo haga?

—Por supuesto. Ningún hijo mío va a ir por la vida sin mi apellido.

—¿Y qué le diremos a la gente? ¿Qué pasa con... tu amante?

—¿Qué amante?

—La mujer morena con la que te vi en el bar.

—¿Stella? Es la cantante que ocupa tu puesto. Nada más.

—¿Estás diciendo que no hay nada entre vosotros?

—Absolutamente nada —contestó Angelo.

—¿No te has acostado con ella?

—No. Y no tienes que preocuparte de otras mujeres porque tú y yo vamos a casarnos.

—¿Cómo dices? —exclamó Gemma—. ¿Por qué iba a casarme contigo?

—No quiero que un hijo mío crezca como niño ilegítimo.

—Muchas parejas tienen hijos sin casarse —replicó ella.

–Yo no quiero eso –dijo Angelo–. Mira, cuando yo era pequeño la gente criticaba esas cosas de la manera más cruel. Tuve que escuchar muchos comentarios cuando era un niño... y no quiero que eso le ocurra a mi hijo.

Cualquier noción romántica que Gemma pudiera haber tenido sobre aquella proposición murió de inmediato. Angelo no la quería. No la querría nunca.

Gemma seguía intentando decidir cuál debía ser su respuesta al día siguiente, cuando fueron al teatro para ver el espectáculo que la compañía había preparado para celebrar la Nochebuena.

Angelo había insistió en que se quedase a dormir en la suite... pero en la habitación de invitados, claro. Y, como no había llevado un vestido adecuado para la ocasión, Angelo también se encargó de que una de las elegantes boutiques del hotel le enviase uno a la suite.

Al abrir la caja, Gemma vio una tela que brillaba como el cristal. El vestido era de su talla y le quedaba como hecho a medida. La tela, tornasolada, cambiaba del blanco al plateado más reluciente. Un par de sandalias y un bolsito plateado completaban el atuendo.

Ahora, mientras iba hacia la parte trasera del escenario con Angelo, Gemma no se sentía embarazada en absoluto. De hecho, se sentía más guapa que nunca.

Hasta que se encontró con un par de ojos negros llenos de maldad.

–Angelo –dijo Stella, tomándolo posesivamente del brazo–. Lo siento mucho, pero no sabes cómo me duele la garganta. No puedo cantar.

–¡Dios mío! –exclamó Mark–. Deberías habérmelo dicho antes. Ya hemos vendido todas las entradas...

–No quería molestar a nadie –se disculpó ella, bajando los ojos–. Pensé que se me pasaría.

Stella podía ser una bruja, pero si tenía una infección de garganta no podría cantar.

–Quizá si me tumbo un rato se me pasará...

–Mark, ¿dónde está el programa? –preguntó Angelo.

El gerente se lo entregó de inmediato.

–Cancelaremos el solo de Stella y lo reemplazaremos con un numerito de Lucie. Seguro que tiene alguna historia divertida que contar sobre Santa Claus. Y Aletha... –Angelo nombró a otra de las artistas de la compañía– puede cantar *Oh, Christmas Tree*. Gemma, ¿te importaría mucho cantar *SilentNight*?

–Pero yo...

–Sé que no estás preparada, pero te lo pido por favor. Hazlo por mí.

Gemma haría cualquier cosa por él. Y cantar su villancico favorito no sería nada.

–Muy bien. De acuerdo –murmuró.

–Stella, vete a la cama. Llamaremos al médico de inmediato.

–Pero no es necesario...

–Sí lo es. Gemma puede cantar hoy por ti, pero mañana espero que estés recuperada. Hemos vendido todas las entradas y la gente viene a verte a ti –sonrió Angelo, que conocía bien su oficio–. Vamos, vete a tu suite. Y cuídate esa garganta.

–Pero...

–Gemma, tienes que maquillarte –siguió él, sin prestarle la menor atención a su cantante–. Siento estropearle la noche, pero...

–¿Pero que dirá el público cuando Stella no salga a cantar? Han pagado para oírla a ella.

Mark se encogió de hombros.

–Es demasiado tarde para preocuparse por eso.

Los siguientes minutos pasaron sin que se diera cuenta. Todo eran prisas y nervios. Luego, una vez en el escenario, empezó a calmarse, como le ocurría siempre.

Gemma se llevó una mano al abdomen mientras oía los aplausos detrás del telón.

«¿Estás oyendo eso, cariño? El año que viene tú mismo verás el espectáculo».

Era tan difícil de creer...

Cuando llegó el momento de cantar *Silent Night, Holy Night*, Gemma lo dio todo. Angelo estaba en la primera fila y cantó sólo para él. Después, se sentía terriblemente agotada y emocionada a la vez. Pero cuando estaba saludando volvió a buscar a Angelo con la mirada... y había desaparecido.

Gemma notó que el público empezaba a murmurar, y sólo entonces se dio cuenta de que Angelo estaba en el escenario, a su lado, con un ramo de rosas en las manos.

Un ramo de rosas rojas para ella.

Pero entonces recordó. Aquel tributo era para Stella.

Las rosas no significaban nada.

–Ha sido una interpretación muy hermosa –dijo Angelo, acercándose al micrófono–. Ayer le pedí a Gemma Alien que fuese mi mujer. Ahora, quiero que todos ustedes celebren su respuesta conmigo.

Y luego le pasó el micrófono.

El silencio era absoluto. El público esperaba. Angelo esperaba también, tenso.

Gemma lo miró, atónita. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía casarse con un hombre que no la querría nunca?

Entonces una mujer que estaba en la primera fila se levantó.

— ¡Di que sí, Gemma!

Sorprendida, ella guiñó los ojos para ver a quién pertenecía la voz. Era una mujer rubia a la que no había visto nunca.

— No le hagas caso a mi madre — sonrió Angelo.

— ¿Tu madre?

Sin darse cuenta, había hablado por el micrófono y el público soltó una carcajada. Pero Gemma sabía lo que iba a hacer.

Iba a decirle que sí. Iba a casarse con Angelo por el niño. Y por ella misma... porque lo amaba.

— Sí — dijo por fin con voz clara.

Las rosas se le cayeron de las manos cuando Angelo la tomó entre sus brazos para buscar sus labios con ansia... y cierta desesperación.

Pero Gemma no estaba actuando cuando le echó los brazos al cuello y ofreció la mejor, y la más pública, interpretación de su vida.

Después del espectáculo, Angelo había organizado una fiesta, y Lucie se acercó a ella con una bandeja llena de copas de champán.

— Me estás haciendo sentir como una celebridad — rió Gemma.

— ¡Pero es que lo eres! ¿Cómo no me lo habías contado?

Angelo sonrió.

— Le pedí que se casara conmigo ayer, Lucie. No pensaba darle la oportunidad de decirme que no.

— ¿En serio? ¿Entonces lo del escenario fue una emboscada? Qué malo eres.

Angelo apretaba a Gemma por la cintura con gesto posesivo, y ella empezó a pensar que aquello podría funcionar. Que, aunque no la quisiera, su amor, y el del niño, serían suficiente para unirlos.

Angelo fue a buscar otra copa y Mark apareció a su lado enseguida.

— Te preocupaba decepcionar al público, pero se han ido encantados. La proposición de Angelo ha sido un espectáculo inolvidable.

Gemma sonrió.

— Al menos no han malgastado su dinero.

— Gemma, quiero presentarte a mi madre, Connie — dijo Angelo entonces.

Connie parecía recién salida de un salón de belleza. Era una mujer bajita, bronceada. Inmaculada. Sin un cabello fuera de su sitio. Y, desde luego, no parecía tan mayor como para ser la madre de Angelo.

– Encantada de conocerla.

– Lo mismo digo. Angelo me ha hablado mucho de ti.

Gemma lo miró, desconcertada. ¿Qué le habría contado a su madre?

– Conocí a tu hermana, y el parecido es increíble.

De modo que Angelo debía de haberle hablado del engaño...

– Nos queríamos mucho... aunque éramos muy diferentes. Teníamos poco en común.

– Sólo a mi hijo.

– Mamá...

– Lo siento, lo siento. Ay, nunca puedo tener la boca cerrada.

– Pero puedes intentarlo, mamá. Al menos hasta que Gemma te conozca un poco mejor.

– Lo siento, cariño. Discúlpame. Ven, vamos a sentarnos un rato, Gemma. ¿Quieres que hablemos de los nombres que has pensado para el niño?

De modo que también le había contado lo del embarazo. Y su madre parecía habérselo tomado muy bien. Increíblemente bien.

Gemma dejó escapar un suspiro de alivio. Afortunadamente, su futura suegra parecía una mujer encantadora.

– Angelo, una copa de champán para mí, por favor... ¿y tú qué quieres tomar?

– Un vaso de agua.

– Que sea Perrier, cielo.

Angelo se alejó hacia el bar, y Connie se volvió hacia ella.

– Bueno, háblame de Nueva Zelanda. Nunca he estado allí. ¿Los hombres son guapos?

Gemma soltó una carcajada.

– No lo sé, ya casi no me acuerdo.

– Me alegro mucho de que Angelo vaya a casarse contigo – dijo Connie entonces –. Aunque solía decir que no se casaría nunca.

– Es por el niño. Si yo no estuviera embarazada, no habría boda.

– ¿Tú sabes que Angelo es hijo ilegítimo?

– Sí, me lo contó él. Pero no tiene que hablarme de eso...

– Sí tengo que hacerlo. Tienes que conocer al hombre con el que vas a casarte, Gemma – sonrió Connie –. Su padre era un hombre muy guapo, un cantante. Yo me enamoré de él como una loca. Entonces tenía dieciocho años, era una heredera famosa... Me convertí en su amante porque me parecía una aventura maravillosa. Me quedé embarazada enseguida, pero la relación duró poco, así que volví a Atenas y le di un disgusto terrible a mis padres.

– Eran otros tiempos.

– Sí, desde luego. Mi padre arregló un matrimonio a toda prisa con el hijo de uno de sus amigos, pero apenas duró unos meses y yo fui muy infeliz. Mi hijo no conoció ni a su padre ni a mi marido, pero sabe que lo pasé muy mal. Y sabe que esos matrimonios arreglados son un desastre. Así que ya ves, Angelo nunca se casaría sólo por darle un apellido al niño.

Gemma miró a Connie, sorprendida. ¿Qué estaba intentando decirle?

¿Angelo no le había pedido que se casara con él sólo por el niño?

El día de Navidad amaneció gris y lluvioso. El repiqueteo de la lluvia en los cristales la entristecía, aunque no sabía por qué. Cuando entró en la cocina, se encontró a Angelo preparando el desayuno.

– Buenos días. Y feliz Navidad.

– Feliz Navidad – sonrió ella.

– Ha llamado mi madre. Vendrá a comer con nosotros, pero tenemos un rato para estar solos.

Desayunaron en el salón, con las luces del árbol encendidas.

«Alégrate por mí, Mandy», pensó Gemma, cerrando los ojos un momento. Cuando los abrió, las luces del árbol parecieron hacerle un guiño, como diciendo que Mandy se alegraba.

«Gracias».

Angelo estaba frente a ella con un paquete en la mano. Era una caja envuelta en un precioso papel de colores. Afortunadamente, a Gemma se le había ocurrido comprar a última hora un libro sobre mitos griegos y su influencia en la cultura occidental para él.

– Es preciosa – murmuró, al ver la túnica de seda salvaje –. Venga, abre el mío.

– Ah, éste no lo he leído – sonrió Angelo –. Gracias.

Luego sacó un paquetito del bolsillo y lo puso en su mano.

– ¿Qué es esto?

Él se encogió de hombros. Pero sus ojos estaban más brillantes que de costumbre.

– Ábrelo.

Gemma rasgó el papel dorado. Dentro había una cajita de terciopelo negro...

– ¿Te gusta?

Sin habla, Gemma miraba el elegante anillo, con diamantes *baguette*.

– Si no te gusta, podemos cambiarlo...

El tiempo pareció quedar suspendido. Gemma no podía dejar de mirar el anillo. Un anillo de pedida debía ser regalado con amor. ¿Y si Angelo no la amaba nunca? ¿Cómo podría sobrevivir si sólo se casaba con ella porque iban a tener un hijo?

Por fin, levantó la mirada.

—No creo que pueda hacerlo.

—¿Qué, casarte conmigo?

—Sólo vas a casarte por el niño...

—Quiero ser parte de la vida de mi hijo.

—Eres un empresario famoso, Angelo. Vas de hotel en hotel, de reunión en reunión. No quieres tener una familia. No habías planeado tenerla.

—¿Sabes una cosa? He estado pensando mucho en algo que me dijo Basil Makrides. Voy a empezar a delegar. La familia es importante y quiero ser parte de la vida de mi hijo. Quiero que nos casemos, Gemma, que lo criemos juntos.

—No saldrá bien.

—¿De qué tienes miedo?

«De que no me quieras nunca».

—No tengo miedo, es que...

—Sé que tienes miedo, Gemma. ¿De qué? ¿Temes que siga confundiéndote con tu hermana?

—No —contestó ella. Eso había dejado de preocuparla.

—Me alegro. Porque Mandy y tú no os parecíais en nada. Sabía que habías cambiado, pero no se me ocurrió pensar que fueras otra persona. Pensé que eras única, Gemma. Pero dime de qué tienes miedo.

—No quiero estar con un hombre que... que ha tenido mil mujeres.

Angelo la miró, pensativo.

—¿Por qué aceptaste casarte conmigo entonces?

—No lo sé.

—Dime la verdad, Gemma.

—Muy bien, de acuerdo. Tengo miedo.

—¿De qué?

—De que si te lo digo, tú... —Gemma temía que se riera de ella. O peor, ver compasión en sus ojos.

—¿Te ayudaría saber por qué te pedí que te casaras conmigo?

—¿Por el niño?

—No, por mí —murmuró Angelo, apretando su mano—. Cuando te marchaste de Grecia nada fue lo mismo. Mi vida estaba vacía. Te necesitaba para que me

completases. Te quiero, Gemma. El niño fue una excusa perfecta, una manera de conseguir lo que quería de verdad: a ti.

Gemma lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

– Yo también te quiero.

– ¡Por fin! – exclamó Angelo, tomándola entre sus brazos—. Y debo admitir que no me gustaba la idea de casarme con alguien que sólo me quería por mi cuerpo, bruja.

Ella rió.

– Podría haber sido peor. Podría haberte dicho que me casaba contigo por tu dinero. Para pagar la deuda de mi tarjeta de crédito.

– Yo sabía que eso ya no era un problema. El contrato de Sidney...

– ¿Qué?

– He adquirido ese hotel recientemente – rió Angelo—. No pensaba dejarte escapar, cariño. Quería saber dónde estabas en cada momento.

– ¿Has sido tú?

– Cuando por fin se me pasó la sorpresa de saber que tú no eras tu hermana... decidí trazar un plan para recuperarte. Y te pido disculpas por lo mal que me porté contigo. Ya sabes que yo siempre tardo un poco en pedir disculpas... ¿Me perdonas?

– ¡Debería haberlo imaginado! Estuve a punto de rechazar el contrato porque quería quedarme en Nueva Zelanda, con mis padres. Pero la posibilidad de pagar esa deuda era demasiado tentadora.

Angelo le dio un beso en la frente.

– Ahora pasaremos nuestra luna de miel allí, y yo estaré unos meses vigilando que las reformas van exactamente como yo quiero.

– Hablando de trabajo... quiero seguir cantando. Pero algo que dijo Daphne sobre crear una fundación para advertir a los más jóvenes sobre los peligros de la droga... la verdad es que me gustaría ayudarla.

– Haz lo que quieras. Yo te apoyaré en todo.

Las cosas ya no eran «a su manera». Gemma sonrió.

– Me gustaría que otra chica como Mandy pudiera salvarse. O alguien como el hijo de Daphne, Chris.

Angelo la abrazó.

– Tienes todo mi apoyo con una condición: que nos casemos antes de Año Nuevo.

– ¡Trato hecho!

Angelo tenía una sorpresa final para Gemma: sus padres, a los que llevó a Strathmos un día antes de la boda. Gemma vio la cara de felicidad de su padre y pensó que el círculo se había cerrado. Todo era perfecto.

– ¿Cansada? – le preguntó Angelo por la noche, después de haber cenado en El Vellocino De Oro.

– Más bien agotada.

El puso una mano sobre su abdomen, pensativo.

– ¿Ya notas algo?

– No, todavía no – sonrió Gemma.

– Nuestro hijo...

– Nuestro hijo.

– Te quiero, Gemma. Sólo a ti. Nada más que a ti.

– Lo sé – murmuró ella –. Y para mí sólo existes tú.

– Te creo. Y estoy seguro, absolutamente seguro, de que no me traicionarás nunca.

Angelo estaba en la puerta de la pequeña iglesia de Strathmos en la que había sido bautizado, esperando a su novia.

Connie y los padres de Gemma estaban sentados en el primer banco. Frente al altar estaban Zac y Pandora, que habían aceptado ser el *koumbaro* y la *koumbara* de la ceremonia, algo parecido a los padrinos en la ceremonia ortodoxa.

Por fin, Angelo oyó el motor de un coche que se acercaba. Una limusina blanca con el escudo de la familia acababa de detenerse frente a la iglesia.

– Parece que ha llegado la novia, hijo – sonrió el sacerdote –. Espera, no, deja que salga sola del coche.

El chófer abrió ceremoniosamente la puerta...

El vestido blanco que llevaba Gemma era tan precioso que lo dejó mareado. Ni siquiera se percató de que el sacerdote intentaba sujetarlo, sólo tenía ojos para ella.

Gemma le ofreció su mano, sonriendo, y Angelo se la llevó a los labios.

– Te quiero. Te quiero con todo mi corazón.

Ella le recompensó con una brillante sonrisa. Una sonrisa que Angelo sabía iluminaría el resto de su vida.

#### NOTICIA DE ÚLTIMA HORA

*La boda del playboy y empresario hotelero Angelo Apollonides con la cantante Gemma Alien se ha celebrado en la capilla de Strathmos esta mañana. Cuando se le ha pedido que hiciera algún comentario, el señor Apollonides ha afirmado que su flamante esposa y él pasarían la luna de miel en Australia, donde acaba de adquirir un nuevo hotel de lujo.*

*«En el futuro intentaré trabajar menos», ha dicho. «Pretendo delegar parte del trabajo para pasar más tiempo con mi esposa y mi familia».*

*Hay rumores de que, tras dejar atrás el título de soltero más cotizado del planeta, el señor Apollonides pretende formar una familia lo antes posible.*

***Fin***